

SOCIOLOGÍA DE LA POBLACIÓN Y LOS GRUPOS SOCIALES

Por la licenciada Rosa Elena ORTIZ GARCÍA
Profesora de la Facultad de Derecho
de la UNAM

SUMARIO: *Introducción.* I. La transición demográfica. Descenso revolucionario de la mortalidad. Causas de la disminución de la mortalidad. Consecuencias demográficas del control de la mortalidad. Consecuencias sociales y económicas de la explosión demográfica. Elementos a considerar de la transición demográfica. II. Teoría demográfica. Consideraciones técnicas. Componentes demográficos. Dinámica demográfica. III. El desarrollo del capitalismo en México y sus consecuencias demográficas. Precapitalismo. Configuración del capitalismo tardío y dependiente. La etapa inicial del capitalismo, 1880-1930. El período del desarrollo económico, 1940-1970: Urbanización, empleo y migraciones internas. La dinámica de la población. Panorama actual. Bibliografía General.

Introducción

Pocos estudios sociológicos conocemos de la población y los grupos sociales.

El tamaño y los cambios de la población se han relacionado generalmente con aspectos particulares de la estructura o con fenómenos sociales concretos.

Por su parte, el análisis de los grupos sociales generalmente se realiza dentro del marco de la estructura social.

En mi caso personal, me interesa el análisis de la interrelación entre el cambio demográfico, los grupos sociales agentes de ese cambio y el desarrollo económico en nuestro país.

Para los efectos de este trabajo no entro al análisis de la distribución de la población mexicana en grupos sociales, ni al estudio de las dimensiones, el número y las características de esos grupos, aspecto importante de nuestra sociedad.

El problema de la relación entre grupos y la sociedad que los engloba, lo planteó de esta manera:

¿Cómo ha influido el desarrollo del capitalismo en México en la dinámica de nuestra población?.

¿Cómo y hasta qué punto la teoría de la transición demográfica puede explicarnos la mecánica del actual cambio?.

¿Cómo se introduce y es absorbido el cambio?.

¿Qué grupos son los portadores del cambio?.

Por ello, cuatro son los propósitos fundamentales de este trabajo:

- Descubrir las transformaciones que se han dado en la mortalidad y natalidad a partir de los momentos previos al desarrollo capitalista en México.

- Tomar algunos elementos de los diversos análisis de la transición demográfica, que pudieran explicarnos de mejor manera, la mecánica del actual cambio.

- Plantear las consecuencias demográficas de los cambios en la natalidad y mortalidad, incluyendo la movilidad geográfica y el tipo de asentamiento como factores asociados a la dinámica de la población, relacionando dichos cambios con el desarrollo del capitalismo en México y

- Derivar algunas consecuencias y posibilidades de la práctica política y de la ideología mexicana en materia de población.

Quede inserto el presente estudio, en el tipo de trabajo que busca ciertas constataciones empíricas referidas a un país en pleno proceso de desarrollo capitalista y que cada día se encuentra más inmerso en la órbita del capitalismo mundial y, aparentemente, con pocas posibilidades de transformaciones estructurales profundas.

I. *La transición demográfica.*

Descenso revolucionario de la mortalidad.

En general puede decirse que todas las sociedades parecen pasar de un tipo tradicional a un tipo moderno.

No podemos negar que durante los tres últimos siglos, cierto número de sociedades fueron las precursoras de la modernización, ante todo configurando un nuevo tipo de estructura social que hoy muchos sociedades parecen inclinarse a adquirir.

Esta parte del trabajo está dedicada a examinar la aparición de la sociedad moderna, a partir del fenómeno de la transición demográfica.

En términos generales, la transición de la sociedad tradicional a la moderna implica:

1. Una revolución demográfica en la que disminuyan rápidamente la tasa de defunciones y la de nacimientos.
2. El aumento de tamaño, alcance y permeabilidad de la familia.
3. La apertura del sistema de estratificación a índices de movilidad mucho más altos.
4. La transición de una estructura tribal o feudal a una burocracia de tipo democrático o totalitario.
5. La disminución de la influencia de la religión.

6. La separación de la educación de la familia y de la vida de la comunidad, la prolongación y enriquecimiento del proceso educativo, la expansión enorme de la educación, desde un monopolio de muy pocos a ser propiedad de los muchos.
7. La creación de una "cultura de masas" alimentada por la educación de las masas y la creación de medios de comunicación para las masas.
8. La aparición de una "economía de mercado" y, aún más importante, de la industrialización.

De los puntos anteriores consideramos que la tendencia más importante y de mayor alcance en la población moderna es el descenso mundial del índice de mortalidad. Este fue no sólo el primer gran cambio que pudo observarse en la evolución del ciclo demográfico moderno, sino también el que desencadenó la mayor parte de los cambios, pues la revolución tecnológica y económica de los tiempos modernos ejerció sus primeros y principales efectos demográficos sobre la mortalidad.

En la Europa noroccidental ya en el siglo XVIII se experimentó un descenso gradual, aunque fluctuante muy perceptible de la tasa de defunciones. El descenso se hizo más rápido y más constante en el siglo XIX, pero no alcanzó su caída más brusca hasta principios del siglo actual. Una idea de cuán drástica fue la reducción, se ve en el hecho de que en cinco países europeos occidentales, el número de individuos que sobrevivieron a la edad de 60 años de cada 1000 nacidos fue mayor en el decenio de los 1940 que el de los que sobrevivieron a la edad de 15 años en el de los 1840 (763 contra 674). O, para decirlo de otra manera, en los años 1840, en aquellos cinco países la mitad por término medio, de la población moría a los 44-1/2 años, mientras que en 1940 la mitad no murió sino hasta los 73-1/2 años.¹

Los progresos en las expectativas de vida en las naciones industrializadas occidentales, aunque en aquel tiempo no tenían precedentes, ahora están siendo eclipsados por un progreso más rápido en los países subdesarrollados. La mayor parte de ellos tuvieron un descenso gradual de la mortalidad antes de la primera Guerra Mundial, pero la baja no fue perceptible en general sino hasta después del conflicto.

Los cambios señalados constituyen la primera etapa de la llamada Transición Demográfica o Revolución Demográfica, a la que algunos autores dan tanta importancia por considerarla tan significativa en la historia de la humanidad como la revolución comercial o la industrial. Esta etapa, en la que se da un crecimiento demográfico acelerado, concluye en el momento en que se inicia el descenso de la fecundidad a la vez que continúa el descenso de la mortalidad. Sólo a fines del siglo XIX

¹ *A century of international mortality trends: I* por George J. STOLNITZ, en *Population Studies*, IX (1955), 2g. Los países son Bélgica, Inglaterra y Gales, Francia, Holanda y Suecia.

se inicia en algunos países el descenso de la fecundidad, que se generaliza a partir de 1920, y con ello principia la segunda fase de la Revolución Demográfica.

En el inicio de la segunda etapa se mantiene una estructura por edades de la población favorable a una fecundidad elevada. En algunos países disminuye la edad promedio del matrimonio y se incrementa la proporción de mujeres casadas al orientarse la sociedad a la constitución de un nuevo tipo de familia, con aumentos de la fecundidad den un breve lapso antes de iniciar su descenso.

La tercera etapa de la transición se da cuando las tasas de natalidad logran niveles parecidos a los de mortalidad, es decir, baja mortalidad y baja natalidad. A partir de este momento se hace difícil lograr mayores reducciones en la mortalidad: la tasa de natalidad se aproxima a la de mortalidad y como consecuencia se establece un crecimiento pequeño y constante. Se hacen comunes los elevados niveles de sobrevivencia y las familias pequeñas. A esta etapa se llega alrededor de 1950 en la mayoría de los países más avanzados.

En este punto cabe hacer mención de los niveles alcanzados en las variables demográficas en las diversas etapas de la transición, lo que nos dará además algunos elementos que posteriormente nos permitirán observar las diferencias en la dinámica de la población de países industrializados y de países de capitalismo tardío, atrasados y dependientes.

Los niveles de fecundidad europeos durante la primera etapa de la transición sólo excepcionalmente fueron mayores a 40 nacimientos por cada mil habitantes. Lo común fueron tasas de natalidad de alrededor de 35. Sólo en Europa Oriental se dieron tasas de 40 o cercanas a esa cifra.

En cuanto a mortalidad, la experiencia anterior a la Revolución Industrial muestra comportamientos irregulares, en ocasiones cifras muy elevadas dadas las frecuentes epidemias o hambrunas.

Causas de la disminución de la mortalidad.

El descenso más gradual de la tasa de defunciones en las naciones occidentales en vías de industrializarse surgió de un conjunto de causas fundamentalmente diferentes de las que operan ahora en los países subdesarrollados. En la Europa norteoccidental, la disminución de la mortalidad fue relativamente más lenta porque dependió del progreso económico y científico autónomo. Hasta fines del siglo XIX el principal factor fue el económico —el progreso del comercio, de la agricultura y de las manufacturas—, que proporcionaba un nivel de vida más alto, mejores viviendas, mejor educación y sanidad, etc. La aceleración en la velocidad del control de la muerte hacia 1900 se debió a que, junto al mejoramiento económico constante, empezaron, al fin, a rendir frutos en la salvación

de vidas en gran escala los descubrimientos en medicina científica y salubridad pública.

En los países subdesarrollados de hoy, por otra parte, la espectacular disminución de la mortalidad se hace importando los últimos descubrimientos médicos de los países más industrializados. Las técnicas modernas, aplicadas a las masas bajo el patrocinio gubernamental, lograron resultados casi milagrosos en el control de enfermedades infecciosas y otros padecimientos, pero esos resultados no dependen de progresos económicos realizados en los países en cuestión, porque pueden llevarse de afuera fondos y personal. Tampoco dependen de descubrimientos científicos hechos en dichos países, porque las investigaciones se hacen en laboratorios de los Estados Unidos y Europa. Por eso, el descenso extremadamente rápido de la tasa de defunciones en las regiones subdesarrolladas del mundo tiene lugar en una etapa más primitiva de desarrollo económico que cuando se realizó en las naciones industriales occidentales. Como se señaló, los descensos más rápidos de la tasa de mortalidad en estas últimas naciones tuvieron lugar después de 1900, fecha en que esos países ya estaban industrializados y en que ya había empezado a bajar el índice de natalidad.

Consecuencias demográficas del control de la mortalidad.

El primer resultado del impresionante descenso de la mortalidad fue el rápido crecimiento de la población. Pero también aquí difiere la historia de los países subdesarrollados de hoy de lo que ocurrió con anterioridad en las naciones actualmente desarrolladas. Como la tasa de defunciones bajó primero entre los pueblos europeos occidentales que se industrializaban, dichos pueblos realizaron una notable colonización de regiones y continentes nuevos. Otra consecuencia de su mortalidad decreciente fue una disminución de sus tasas de nacimientos. Estos últimos empezaron a bajar perceptiblemente en el decenio de los 1870, mucho antes de que la tasa de mortalidad hubiera llegado a su bajo nivel actual y antes de que se hubiera presentado su descenso más rápido. La razón fue que como los progresos en el salvamento de vidas tuvieron lugar primordialmente en la infancia y la niñez, los padres tuvieron que habérselas con un número de hijos vivos mayor que en cualquier época anterior, precisamente en una época en que, con la industrialización y la urbanización, la prole numerosa era un impedimento. En consecuencia, se redujo la procreación, en parte retrasando el matrimonio y en parte practicando el aborto o las medidas anticonceptivas. Por fin, desde aproximadamente 1900 hasta 1932 (según los países) la tasa de natalidad en los países industriales bajó aún más velozmente que la de mortalidad, disminuyendo así la velocidad del crecimiento de la población.

Así, pues, en el decenio de los 1930 parecía que las naciones industrializadas habían pasado por un ciclo de crecimiento rápido de la población y avanzaban hacia una situación normal de estabilidad demográfica vir-

tual. Se creyó ingenuamente que esto podía ser la transición por la cual pasaría todo el mundo de una manera ordenada.

Explosión Demográfica.

Pero ocurrieron dos cosas que cambiaron ese punto de vista: primero, la tasa de nacimientos volvió a subir en las mismas naciones industrializadas; segundo, la de mortalidad bajó en las naciones subdesarrolladas con más rapidez de lo que había bajado anteriormente en los pueblos avanzados de Europa y en una etapa más primitiva de desarrollo económico y social. A consecuencia de la forma en que se llevaba el control de la mortalidad a regiones atrasadas, sus índices de natalidad no bajaron; y esto, con el descenso extremadamente rápido de la mortalidad, les dio ritmos de crecimiento de la población más rápidos que los que antes hubiera experimentado nación alguna. El resultado total, desde 1940, fue un aumento de la población del mundo sin precedentes y tan imprevista, que se le llamó apropiadamente una "explosión de la población". Con más de 2900 millones de personas actualmente, la humanidad se multiplica a un ritmo superior al 2 por ciento anual. Si continúa esta proporción, se duplicará la población cada 35 años.

La mayor parte del aumento en la población mundial tiene lugar precisamente en las regiones menos capaces de contener números mayores, en las regiones más pobres y subdesarrolladas. Entre 1920 y 1960, por ejemplo, el aumento de población en las regiones subdesarrolladas del mundo ascendió al 70.5 por ciento, mientras que en las regiones industrializadas fue del 41.1 por ciento.

En su esencia, la transición consiste en el paso de niveles altos y sin control de la fecundidad a niveles bajos y controlados, con una etapa intermedia en la que el descenso de la mortalidad antecede al de la fecundidad, genera un crecimiento de la población más acelerado y llega nuevamente a un ritmo de crecimiento reducido que tiende a cero, con natalidad y mortalidad bajas y con una reducida proporción de población joven.

Todo el proceso implica el abandono de ritmos de crecimiento muy lentos y oscilantes resultados de las variaciones de la mortalidad y de una fecundidad relativamente constante, ambos a elevados niveles por ritmos de crecimiento bajos, en conjunto mayores a los anteriores a 1750. Y constantes, ya que de cualquier manera el saldo y/o crecimiento natural es positivo y sólo en muy pocos casos negativo, por ejemplo cuando el crecimiento social negativo (migración internacional) coadyuva a la disminución del ritmo de crecimiento.

Un aspecto que vale la pena señalar es el hecho de que durante el segundo momento de la transición, la migración internacional constituye

un factor significativo que acompaña a la expansión capitalista en el resto del mundo.

De acuerdo a diversos autores, la transición demográfica ha sido consecuencia del avance tecnológico y la modernización que hicieron posible el desarrollo industrial y la urbanización. A partir de la experiencia europea y de los Estados Unidos y considerando los países en donde la fecundidad se mantenía a niveles elevados con descensos rápidos en la mortalidad, se llegó a establecer que la experiencia europea se repetiría en el resto de los países. Los intentos de generalización llevaron al establecimiento de tipos de países según la etapa en que se encontraban, la capacidad predictiva del modelo frente a las tendencias de crecimiento demográfico cada vez mayor en los países atrasados, trajo como consecuencia que se prestara mayor atención a los problemas de la población y el desarrollo de acciones encaminadas a la creación de políticas de población.

A medida que se ha avanzado en el estudio de la dinámica demográfica, tanto en los países industrializados como en los atrasados y dependientes, se han hecho evidentes las particularidades de cada caso y en buena parte las limitaciones de la teoría de la transición. Sin embargo, los planteamientos iniciales se mantienen y sirven de base a la interpretación de evidencias empíricas y al interés constante respecto del crecimiento de la población en los países subdesarrollados.

La mayor limitación teórica de esta teoría surge cuando se la emplea para plantear la posibilidad de invertir los procesos que llevan a la transición demográfica, es decir que el crecimiento lento de la población preceda al cambio económico. La respuesta a esta posibilidad ha llevado a avances considerables en el análisis más profundo de los determinantes y consecuencias de las tendencias de la población y a la búsqueda de planteamientos más explicativos.

Debe indicarse que aún no se ha dado proposiciones alternativas que superen la teoría de la transición. Se la considera más bien como la descripción del paso de altas a bajas tasas de natalidad y mortalidad sin que se reduzca la alta tasa de natalidad, la población que de ello resulta es anormalmente joven. Costa Rica, cuyo índice de defunciones bajó el 50 por ciento en los últimos treinta años, tiene 105 niños de edad de 4-14 años por cada cien adultos de edad de 20-59, mientras que Bélgica sólo tiene 41. Esas poblaciones jóvenes significan una fuerte proporción de dependencia infantil, añadida a la carga del aumento de la población total.

El rejuvenecimiento de la población significa una creciente necesidad de atención materno-infantil, una gran demanda de servicios educativos en todos los niveles y una importante reducción de la capacidad de ahorro debido a la disminución de la población económicamente activa y al aumento de la dependencia de los más gravitando sobre los menos.

México no escapa al efecto diluyente que ocasiona la población en el proceso de desarrollo.

Al valorizar que el 2.7% del crecimiento demográfico implica el nacimiento de 1.9 millones de nuevos mexicanos cada año, (según cifra revelada en los resultados preliminares del X Censo General de Población, publicada el 2 de enero de 1981 en el periódico *El Heraldo de México*) población con toda una carga de servicios sociales, educativos, municipales, que representa la necesidad de ampliar el aparato productivo para producir los alimentos y subsistencias necesarias, y al darnos cuenta que esa dinámica del crecimiento va multiplicando los fenómenos y que la distribución de esa población en el territorio nacional no está equilibrada, debemos tomar conciencia de la interrelación presión demográfica —estructural social,— desarrollo, e insertar el fenómeno demográfico en las estrategias globales de desarrollo.

Elementos a considerar de la teoría de la transición demográfica.

Un primer aspecto que tendrá repercusiones en las tendencias demográficas y en la validez de la teoría de la transición son los niveles de los indicadores demográficos en la etapa precapitalista, más elevados en las situaciones coloniales de América o en las asiáticas alrededor de 1950. Se planteó que dichos niveles tenían que ser más elevados dada la mortalidad también más elevada, lo que llevó al desarrollo tanto de la capacidad fisiológica como de la organización social necesaria para obtener una fecundidad elevada.

En la etapa premoderna, tanto en Europa, como en el resto del mundo se intenta alcanzar una reproducción elevada, dado que la organización económica de las comunidades agrarias, relativamente auto-suficientes, gira fundamentalmente en torno de la familia, cuya perpetuación constituye la garantía de su propia seguridad.

Como se observa, a pesar de encontrarnos frente a historias sociales y económicas tan diferentes y con procesos demográficos muy diversos, se tiende a asimilarlos asignándoles una dinámica común, resultado de un proceso de desarrollo que se plantea equivalente. Esto ha sido criticado en muy diversas ocasiones. El problema radica en que lo que no se establece son las razones de un determinado proceso de desarrollo y la manera en que influye realmente en fenómenos como los demográficos.

En un segundo momento, se plantea que el descenso de la mortalidad es una respuesta inmediata a factores externos, dado que la humanidad siempre se ha ocupado de la salud. El descenso de la fecundidad debe esperar a la obsolescencia de las viejas instituciones sociales y económicas y a la emergencia de nuevos ideales respecto del tamaño de la familia. La familia pequeña surge en los centros urbano-industriales, donde aparecen nuevas funciones de producción, consumo, recreación y educación.

El costo de los hijos crece y disminuye la posibilidad de aportaciones económicas de los miembros de la familia. La mujer se separa de sus tareas domésticas compatibles con el cuidado de los hijos incorporándose paulatinamente a la actividad económica.

En los últimos decenios surge la anticoncepción moderna que facilita la disminución de la natalidad hasta llegar a tasas de natalidad y mortalidad bajas, completando la transición.

No obstante la carencia de información se ha avanzado, en las revisiones posteriores a los planteamientos en lo referente a la disminución de la mortalidad y sus causas hasta fines del siglo XIX. Se ha logrado también profundizar en el conocimiento de la fecundidad en el presente siglo. Hay evidencias de que el descenso de la natalidad y la mortalidad ocurren también al mismo tiempo, sobre todo el descenso de la mortalidad infantil y la fecundidad matrimonial y si se hacen análisis más profundos en el nivel provincial, se encuentran incluso descensos de la fecundidad previos a los de la mortalidad. Estos aspectos tienen importancia en la medida en que plantean posibilidades para la reducción de la fecundidad en las regiones en las que el crecimiento natural es elevado y la dependencia respecto de la agricultura intensa.

Para el caso de México sólo es posible plantear algunas relaciones indirectas.

Al considerar la tesis de la transición se han establecido algunas precondiciones necesarias para la disminución de la fecundidad: la decisión razonada de las parejas con respecto a más hijos u otro hijo; la percepción de las ventajas de la reducción del número de hijos y la efectividad de la anticoncepción.

Tales precondiciones habrá que considerarlas con grandes reservas en cuanto a su aplicabilidad restringida al valor económico de los y a la eficacia de los métodos anticonceptivos, simplificaciones extremas del proceso de cambio social, planteado con relación a la adquisición de características necesarias para el logro de niveles elevados de productividad asociados al desarrollo industrial moderno y que se perciben por los individuos y/o grupos a partir de su sentido económico. Por otra parte la tesis implica el paso de cierta "irracionalidad" económica a la "racionalidad" adecuada y necesaria para vivir en y por un mundo moderno "occidental" y sin discusión y por naturaleza bueno para toda la humanidad.

Lo que nos parece que no queda claro, revisando las situaciones en las que se ha dado la reducción de la fecundidad, es a partir de qué momento y en qué circunstancias se inicia el descenso de la fecundidad y menos aún bajo qué condiciones los programas de control de los nacimientos pueden tener éxito en países subdesarrollados. Las experiencias aún son insuficientes y en algunos casos el rechazo a la anticoncepción y/o la manera en que se ha conducido ha sido desastrosa. De aquí que en los últimos diez años proliferen trabajos en los que se discute el "um-

poblaciones humanas responden a las transformaciones que se dan en los tres componentes demográficos básicos: la mortalidad, la fecundidad y la movilidad geográfica. Los factores señalados a su vez interactúan conformando una dinámica particular que responde a situaciones económicas, sociales y políticas que obligan a plantear la población como un elemento íntimamente ligado a los condicionamientos históricos de la formación social de que se trate.

La mortalidad, la fecundidad y los movimientos geográficos constituyen factores que difieren entre sí por su naturaleza propia y por la manera en que son considerados en términos del avance de las fuerzas productivas y de los condicionamientos sociales y culturales del desarrollo. Por otra parte, el ritmo de crecimiento, el monto y la estructura por edad y sexo de la población —consecuencias inmediatas de los tres componentes demográficos básicos—, actúan sobre el conjunto de la sociedad e influyen en la determinación de orientaciones y políticas, poniendo en juego la estructura institucional e ideológica de la sociedad.

De ahí que la población y su estudio implican la consideración de la sociedad en su conjunto, o sea sus determinaciones económicas, sociales y culturales, lo jurídico e institucional, lo ideológico y lo político, que orientan y condicionan la dinámica del acontecer social. La población es un fenómeno social sometido a las leyes del desarrollo social que debe analizarse a la luz de los distintos "niveles" de la realidad como elementos de un todo.

Conviene para cada fenómeno demográfico señalar algunas de sus características, considerar la manera en que interactúan y finalmente llegar a establecer de qué dependen y sobre qué influyen en el proceso de cambio de la sociedad.

Componentes demográficos

La muerte constituye un acontecimiento individual que se configura en términos biológicos y sociales. La exposición al riesgo de muerte se combina con la edad y el sexo, también como resultado de factores biológicos. En términos sociales la determinación económica constituye un punto de partida esencial, en donde la mortalidad está sometida a los requerimientos de consumo y la manera en que éstos se satisfacen y distribuyen en la sociedad. Resultan de la ubicación del individuo en determinada clase social.

La mortalidad refleja a su vez el gasto de energía humana incorporada al proceso social de trabajo, productivo o improductivo. En términos de las condiciones en que se realiza y los elementos disponibles de curación y prevención de enfermedades. La reducción de la mortalidad es un ob-

jetivo que hoy se acepta universalmente y que se enfrenta a obstáculos de carácter estructural y a límites biológicos.

El nacimiento resulta de factores biológicos y sociales de los padres, los factores biológicos responden fundamentalmente al imperativo de supervivencia de la sociedad, cuyos niveles de fecundidad se determinan generalmente a partir de los niveles de mortalidad y los requerimientos de la producción y distribución del producto. La fecundidad constituye el componente aparentemente más directo de la reproducción de la población o de la fuerza de trabajo en el capitalismo. Los niveles de fecundidad cobran especificidad sólo a partir de la clase social, a través de instituciones como la familia. La reducción de la fecundidad implica una transferencia de objetivos que van de la supervivencia de la sociedad al desarrollo del individuo, lo que simultáneamente se plantea como objetivo social en etapas más avanzadas, mediante la búsqueda de una calidad de vida superior.

La movilidad geográfica es el resultado de la distribución espacial y de la organización territorial de la producción social en el curso de la historia. Los asentamientos humanos y la movilidad geográfica "reflejan" el enfrentamiento del hombre con la naturaleza. Tales asentamientos se modifican de acuerdo a las particularidades de la formación social misma, motivados por la dinámica de los factores de la producción económica y de la historia social y cultural. En ellos se manifiestan las formas sociales e históricas de organización del trabajo humano desde el momento en que el hombre localiza y produce sus medios de subsistencia, a partir de la comunidad primitiva como la base de la economía, hasta las formaciones capitalistas basadas en el trabajo asalariado, o bien las socialistas, en las que se busca la paulatina eliminación de la propiedad privada y de la acumulación individual.

Dinámica demográfica

Si bien los componentes demográficos básicos conforman una dinámica particular, conviene analizarlos en íntima relación con otros factores demográficos no directamente asociados con el monto, ritmo de crecimiento y composición por edad y sexo, pero que constituyen fenómenos de los que depende una buena parte, o en su mayor parte, el comportamiento del componente demográfico de que se trate.

Así conviene analizar la fecundidad junto con la nupcialidad, que constituye el primer proceso demográfico auténticamente social y cuya reglamentación implica un grado indispensable de desarrollo social. Las maneras de formación y disolución de uniones y la familia evolucionan con la sociedad y regulan las relaciones sexuales de sus miembros orientando

la fecundidad de la población a través de una forma de matrimonio socialmente aceptada, de la que se deriva un cierto nivel de fecundidad. El estudio de la nupcialidad también implica tomar en consideración las formas de disolución de las uniones, aspecto que influye en el nivel de la fecundidad, sobre todo cuando alcanza proporciones considerables como es el caso en los países muy industrializados. El estudio de la fecundidad se ha desarrollado considerablemente, sobre todo ante los elevados niveles de fecundidad que se han dado y se dan en los países atrasados, sin embargo, los factores más significativos o que posibilitan una visión global del fenómeno en su dinámica, serían la nupcialidad y el uso de la anti-concepción.

En el caso de la mortalidad, las condiciones de salud de la población constituyen una relación obvia que desafortunadamente ha sido poco estudiada. El estudio se ha orientado a la medición de sus niveles y su relación con otros factores demográficos, sobre todo en cuanto a sus efectos en el crecimiento de la población y recientemente en su relación con la fecundidad. En el caso de países como México, la insuficiencia y deficiencia de los datos impiden llegar a profundizar en este factor, sobre todo cuando se busca establecer diferencias regionales o en términos de clase social, en cuyo caso, se requieren asociaciones indirectas. Los logros en la disminución de la mortalidad son el resultado de cambios económicos y sociales asociados a los niveles de ingreso —particularmente en los países donde se dio el desarrollo capitalista original—, a las reformas sanitarias y medidas de salud pública y a las reformas sociales de carácter laboral que resultan de la propia lucha obrera. En los países de desarrollo capitalista tardío y dependiente, es posible lograr descensos más rápidos de la mortalidad como resultado del avance mundial científico y tecnológico, respecto de la curación y prevención de enfermedades, lo que a llevado a planteamientos equivocados respecto de las posibilidades de la transición, sobre todo en cuanto a su asociación con la fecundidad, en la medida en que se plantea como aceptable la tesis de que es posible el logro de transformaciones radicales en las variables demográficas sin que se den necesariamente transformaciones estructurales económicas y sociales equivalentes.

La reproducción de la población, concepto que busca desarrollarse en su dimensión social y económica y no sólo como indicador demográfico, es decir en cuanto a su importancia en la reproducción del sistema, implica su asociación con los requerimientos de población para la producción de bienes y servicios —o sea con el proceso de producción y distribución del producto—, e incluye la mortalidad y la movilidad geográfica.

Estamos así frente a comportamientos individuales eminentemente sociales, que se conforman y manifiestan en el conjunto de la sociedad como un todo, de allí la base de su racionalidad.

III. *El desarrollo del capitalismo en México y sus consecuencias demográficas.*

Precapitalismo

En la historia de México se reproduce la tendencia constante del uso de la tierra y de la mano de obra en beneficio de unos cuantos particulares.

Antes de la conquista el macehual (campesino) estaba supeditado al dominio de los *pillis* (señores) según su pertenencia a un grupo étnico determinado como factor de posición social. El dominio se iniciaba por guerras de sujeción y la distribución de tierras y *macehuales* se otorgaban a los jefes guerreros o parientes. Las tierras estaban en posesión directa de los macehuales pero no eran suyas, ya que tenían que pagar un tributo por su usufructo al *pilli*, quien a su vez tributaba al *tlahtoani* (señor principal). La propiedad de la tierra no era privada, ya que no tenía valor en sí, sino en función de la gente que trabajaba (macehuales) y tributaba a sus conquistadores, creándose un derecho hereditario sobre el sueldo y la renta. Así en un sistema tributario se establecían las relaciones de producción fundamentales, en las cuales el tributo constituía la renta que pagaban los macehuales por el usufructo de la tierra que ocupaban. Desde el siglo XII encontramos esta constitución y reconstitución de señoríos, que se acentúan en su carácter despótico con los mexicas, quienes desarrollan relaciones interétnicas complejas y conflictivas, en un régimen tributario con señoríos más o menos confederados por los mexicanos a partir del siglo XIV.

La conquista española trae aparejado un sometimiento político y económico en el que la encomienda incorpora a *pillis* y macehuales (organizados ahora en comunidades) bajo el control de caciques indígenas (los antiguos *pillis*), sobre todo de aquellos que lograron que se les reconocieran sus posesiones como propiedad privada y que en los primeros tiempos de la Colonia continuaron recibiendo tributo de las campesinos subyugados (los antiguos macehuales), quienes además tenían que dar tributo al encomendero cuando lo había y/o a la Corona (España).

El carácter servil de la relación de producción durante la Colonia se mantuvo como herencia del pasado y a él se agregó la apropiación constante del trabajo de las poblaciones indígenas por parte de los españoles a través del tributo, comercio y servicios. El tributo era pagado por la familia o casa de macehuales, que constituía la unidad de producción, además de los servicios personales el Estado y las "cargas" a la iglesia. El sistema colonial debía satisfacer sus propios gastos, los intereses de los conquistadores y aportar recursos que, acumulados, contribuyeron al desarrollo del capitalismo europeo.

El gran despojo y apropiación de la tierra implicaba el proceso de expansión de la propiedad privada a costa de la propiedad y/o usufructo de la tierra de las comunidades. La tierra de las comunidades. La tierra al entrar en circulación y por lo tanto que se puede vender o repartir según lo desee el propietario, queda sujeta al acaparamiento tanto por parte de los españoles como de los caciques en el interior de las comunidades indígenas. Esto llevó a que buena parte de la población campesina buscara ubicarse en las haciendas (nuevas unidades de producción) y a que se iniciara desde el siglo XVI la lucha por la tierra. La prohibición de los servicios personales, salvo los que debían darse a la comunidad, y el paso de rentero a jornalero por parte del campesino, forma parte del proceso de concentración de la tierra, liberación de mano de obra, desarrollo de nuevas unidades de producción como la hacienda, mina, obraje, taller artesanal, e implica la paulatina separación del hombre y la tierra, base del desarrollo urbano y que desde la Colonia implica la concentración de desocupados y/o buscadores de trabajo.

En este proceso se obligó a la comercialización de una parte la producción indígena en la medida en que la mayor proporción del tributo debía ser pagada en dinero. Por otra parte, el trabajo retribuido al indígena, obligado y con resistencia, poco a poco se constituyó en la base de la empresa española para la producción mercantil, que llevó a fincar la propiedad privada como base de la nueva sociedad. Así, en la Colonia, se mantiene el tributo y la explotación directa de la mano de obra. De esta manera y en gran escala se da la expansión de la propiedad privada a costa de la propiedad comunal.

La extracción del plusproducto o plustrabajo al indígena se dá a través de una reglamentación jurídico-política que constituye un mecanismo coactivo, no económico y cuya posibilidad se establece en razón de la calidad de siervos de la Corona Española. La comunidad indígena cobra sentido durante la Colonia en términos del reconocimiento de las Repúblicas de Indios; anteriormente no puede hablarse de comunidad indígena. Y es a través de esta unidad como se mantiene y reproduce buena parte del sistema colonial y se mantiene y reproduce la estructura de la comunidad en función del tributo.

No puede hablarse en esta época de producción de y para la comunidad, salvo en contados casos que pueden considerarse "marginales" al sistema colonial. La comunidad indígena colonial no hace uso del trabajo comunitario para satisfacer conjuntamente sus necesidades y en caso de excedente iniciar intercambios con el exterior o usarlo en su propia expansión, en un sistema de congregación de vínculos familiares estrechos. Realiza trabajo colectivo tan sólo en pago de servicios y/o responde comunalmente al pago de tributo que se origina en las propias unidades familiares, o realiza labores mediante el intercambio de trabajo que se retribuye de la misma manera.

Los españoles se encontraron frente a una gran diversidad social y cultural, con formas de organización sociopolítica que florecen en extensiones relativamente reducidas y con densidades de población elevadas. Los logros agrícolas fueron considerables, particularmente la domesticación de plantas que alcanzó logros comparables a los de cualquier civilización avanzada. No fue así en cuanto al desarrollo tecnológico y tampoco se utilizaron cuadrúpedos mayores domésticos. Así, la simplicidad técnica, no obstante los logros agrícolas llegó al uso masivo de trabajo humano dada la carencia de fuentes de energía, particularmente en todas las obras de construcción y en el transporte.

En los cien años anteriores a la llegada de los españoles se desarrolla el Imperio Mexica —heredero de todo el gran conjunto de culturas y múltiples combinaciones de antiguos y nuevos pueblos—, que se preocupa por hacer propio el pasado teotihuacano —tolteca.

El predominio del centro de México en lo político y en lo militar se basaba en una mayor concentración y aprovechamiento de los recursos naturales. Los centros culturales estaban en las regiones de mayor productividad agrícola, capaces de sostener una sociedad populosa y compleja, con una división social del trabajo que incluía la especialización en diversas actividades productivas dentro de una economía fundada en dar pagos en especie o en trabajo, con pequeños excedentes que sumados posibilitaban la construcción de grandes obras públicas y el afrontamiento de los gastos ceremoniales, políticos y religiosos. El dominio sobre otros pueblos posibilitaba también disponer de los tributos y trabajo de los dominados para las construcciones y también para el culto en el momento de los sacrificios.

El aprovechamiento de las grandes pugnas internas —sobre todo con Tlaxcala, que no pudo ser dominada por los mexicas y que se convirtió en aliada de los españoles—, el uso de la caballería y las armas de fuego y los fatales efectos de las primeras enfermedades traídas de Europa, fueron algunos de los elementos que posibilitaron la Conquista, que contribuyeron a la victoria sobre la población indígena, no obstante el monto tan elevado de la población existente, sobre todo en la meseta central.

Las estimaciones respecto del monto de la población aún no son concluyentes, para el México Central hacia 1519, es decir inmediatamente antes de la Conquista, se poseen cifras muy dispares: dos de los cálculos más elaborados, por ejemplo, arrojan una población de 11 y 25 millones de habitantes.² Cualquiera de las dos cifras nos habla de un monto de población considerable que posibilitó importantes concentraciones de población en ciudades y grandes civilizaciones teocráticas y militares. Para

² Citado por el licenciado Raúl BENÍTEZ ZENTENO, en su conferencia *La transición demográfica en México. Problemas y consecuencias*, dentro del Ciclo "La Universidad Nacional y los problemas nacionales", marzo de 1980.

la gran Tenochtitlán se estima entre 295 mil y 330 mil habitantes. De la población total mesoamericana se considera que el 50% vivía en localidades extendidas de 15,000 o más habitantes.

La disminución de la población indígena a partir de la Conquista constituye una de las pérdidas más considerables de la historia de la humanidad. La muerte en batalla, o causada por las nuevas enfermedades epidémicas, o por la brutal explotación que sufrió la población india, el despojo y rapiña de lo que se había acumulado durante muchos siglos y las crisis agrícolas y grandes sequías, llevaron a una notable disminución de la población a sólo seis millones alrededor de 1550 y a tan sólo 1,100,000 en 1608 en el México Central. El punto más bajo de la población indígena en la meseta central se alcanzó en los años 1620-1630, época en que empezó a recuperarse con gran lentitud. Llegó un momento en el cual la población diezmada, por las razones expuestas y el consiguiente desajuste de los sistemas productivos y de distribución, no podía soportar ni las organizaciones indígenas ni las españolas. Esta situación demográfica, considerando principalmente la gran falta de mano de obra, llevó a crear reglamentaciones de trabajo y a aplicar las primeras consideraciones poblacionistas del régimen colonial, que por otra parte correspondían claramente con las que prevalecían en España, donde también se buscaba un crecimiento demográfico más elevado.

Poco a poco se recupera la población, junto con una recuperación económica considerable, que corresponde al renacimiento de la actividad minera. Para 1750 la población se estima en un poco más de tres millones de habitantes y para 1810, precisamente antes del movimiento de Independencia, sobrepasa los seis millones. También se había sumado población negra para trabajos de campo, en las minas junto con los indígenas y en los servicios domésticos de las grandes casas de españoles.

El crecimiento de la población desde mediados del siglo XVII hasta 1810 tiene relación y coincide con el crecimiento mundial de la economía operado a lo largo del siglo XVIII, cuando se produce la marcada transformación capitalista de Europa y Estados Unidos. En el siglo anterior se dió fundamentalmente un reacomodo a las nuevas circunstancias coloniales y la continuación de un proceso de mestizaje, particularmente dinámico en lo cultural y económico, que traería consecuencias sociales, económicas y políticas considerables. La población indígena que pudo mantenerse dentro de sus comunidades quedó precisamente en las regiones en que ahora se mantiene una proporción importante de lenguas indígenas, fueron comunidades que mantuvieron su organización y que lograron sobrevivir en términos de un sistema de comunidades creado en la Colonia, hasta la segunda mitad del siglo pasado, cuando las ideas económicas liberales penetraron todos los ámbitos del país paralelamente con el establecimiento de nuevas relaciones sociales y económicas. La po-

blación indígena y rural, al aportar recursos y mano de obra, se constituyó en factor básico de equilibrio del sistema.

Al mismo tiempo se fue configurando, desde fines del siglo XVII, una situación social y económica que contrarrestaba el crecimiento de la población cuyos índices podrían haber sido mayores. Surgen la gran concentración de la propiedad y la enorme desigualdad en la distribución del ingreso a la que se condena a la mayoría de la población, que queda inerte ante las crisis agrícolas y ante las epidemias, factores que en su conjunto no lograron frenar la recuperación de la población, que continuó creciendo aunque a un ritmo lento. Este se dió con más fuerza en la meseta central, donde aumentó considerablemente la presencia de mano de obra en la minería. Posiblemente el proceso más importante fue la paulatina transformación de relaciones de producción, que permitió la existencia de contingentes de población jurídicamente libre y capaz de desplazarse para buscar condiciones de trabajo mejores. Y que fue considerada como población mestiza, lo que también nos habla de la existencia de proporciones considerables de población desocupada que no pudo ser captada por el auge de la minería, donde se daban condiciones salariales más favorables, o pudo incorporarse a los talleres o nuevas explotaciones agrícolas, fundamentalmente en las haciendas, o finalmente integrar el grupo de desocupados urbanos ("léperos"), que para 1800 se calculó en la Ciudad de México en cerca de 30,000 y que se convirtieron en intermediarios o muy pequeños comerciantes de la producción indígena circunvecina. En estos momentos se dan con mayor fuerza las constantes rebeliones de la población.

La composición étnica de la población era la siguiente: 1) españoles peninsulares —más de 15,000 en 1792. 2) criollos o españoles nacidos en la Nueva España (alrededor de un millón para 1810). 3) "castas" mezcla de negros, indios, españoles y criollos —2.400.000 en 1810— y 4) población india, que para 1810 llegó a sumar cerca de 2.700,000 habitantes, o sea el 60% de la población total.

Desde la Colonia (aspecto que vendría a constituirse en antecedentes de la Revolución de 1910), encontramos dos grandes procesos de concentración: de tierra y de mano de obra. Al indígena se le restringe severamente su capacidad productiva y se le limita el desarrollo de actividades no agrícolas.

El sistema colonial visto por sectores permite ubicar algunos elementos para su mayor comprensión: el comercio exterior fue manejado por un monopolio de concesionarios de la Corona que constituyó un grupo poderoso —centrado en los almaceneros de la ciudad de México—, que sustituyó al monopolio inicial de comerciantes españoles. El mercado de la Nueva España para mercaderías europeas era un mercado cautivo. El monopolio de los comerciantes de la ciudad de México sólo pudo eliminarse con las Leyes Borbónicas de Libre Comercio de 1798. La recepción

de mercaderías europeas sólo era compensada con la exportación de plata y en menor medida de cochinilla (grana, principalmente de Oaxaca), vainilla, azúcar, loza y textiles principalmente. El auge minero del siglo XVIII impulsado por la reducción de costos de producción, sobre todo de la pólvora o del azogue o mercurio, y los cambios tecnológicos orientados a disminuir el costo de la mano de obra, especialmente a partir del momento en que el desarrollo minero estuvo en manos de grandes empresas constituídas por capitales originalmente generados en el comercio. Por otra parte, la presencia de una población dinámica y una mano de obra experimentada y la gran cantidad de minas abiertas (3,000 en explotación en 1800) llevaron a la Nueva España a ser el productor mundial más importante, ya que aportaba el 66% de la producción total; sin embargo, menos del 20% de la plata acuñada se quedaba en la Nueva España.

La industria se desarrolló a pesar de la oposición de la metrópoli; la producción de azúcar, hilados y tejidos de seda y algodón, curtido de pieles, jabón, etcétera. Los gremios de artesanos con obreros especializados constituían organizaciones cerradas de carácter monopólico que permanentemente se quejaban del perjuicio que les causaba el contrabando de artículos extranjeros.

Junto con el crecimiento demográfico también se desarrolló la agricultura. La producción se realiza en las haciendas y ranchos cercanos a los mercados, empleando mano de obra indígena de la que la hacienda latifundista sacaba el máximo provecho. Las crisis periódicas de la agricultura y las epidemias que se sucedían afectaban particularmente a la población indígena y es por esto que el crecimiento de la población se dió fundamentalmente favoreciendo el crecimiento de la población mestiza.

El auge económico de 1750 a 1800 fue acelerado. Las tierras comunales indígenas mermaron por la expansión de la hacienda, que trajo como consecuencia que una parte de la población indígena se incorporara a la hacienda y también la aparición de un proletariado rural móvil que intentaba ingresar a las plantaciones de caña de azúcar, tabaco y algodón. Otro desajuste considerable de la estructura ocupacional fue el hecho de que más de un millón de los mestizos que integraban las castas no tenían ocupación fija, lo que significó un gran sector de la población en conflicto.

En 1808 Napoleón ocupaba España y se busca aprovechar la crisis española para lograr la Independencia, constituir un gobierno libre, terminar con la tutela de los indios y hacer a todos iguales ante la ley, oponiendo frente al despotismo político la soberanía popular. De esta manera, y a través de los grupos ilustrados, sobre todo los criollos, se intenta incorporar las soluciones planteadas por la Revolución Francesa, la independencia de las colonias británicas de América y la constitución de los Estados Unidos. En este momento el país se considera rico, ya que

está en la cresta de la ola del auge de cincuenta años, y a la vez se hace evidente la gran desigualdad social existente con la "gran hambre" que produjo la sequía de 1785-6 (mayor que las anteriores) que mató a más de 300,000 mexicanos.

En 1821 se consuma la Independencia después de 11 años de larga lucha durante la cual los recursos se volvieron escasos. La población era de 6,800,000 en 1823 y se calcula que la pérdida de vidas por la lucha de Independencia llegó a 600,000. La producción agrícola disminuyó a la mitad y la producción en la industria bajó hasta un tercio. También se redujeron considerablemente los ingresos del gobierno, ya que se eliminó el injusto tributo a la población indígena y hubo que sostener un ejército y una burocracia que permitieran conservar la independencia.

En lo social y lo económico, el rompimiento de la tutela de la población indígena la deja a merced de los criollos, lo que lleva a que la igualdad jurídica agudice la desigualdad aumentando los latifundios (cerca de 4,000) a costa de las tierras de los indígenas. También empeoraron las condiciones de trabajo de peones y obreros. Por otra parte, los españoles expulsados por sus conspiraciones se llevaron sus capitales, y esto agudizó los problemas de la economía, aunque consolidó políticamente la Independencia.

A partir de este momento el capital extranjero inglés, francés, alemán y norteamericano, da empréstitos muy onerosos para el nuevo país que sólo hasta 1870 lograra una cierta tranquilidad, ya que la Revolución de Independencia lo dejó muy desarticulado y con condiciones sumamente precarias. Se inicia la inversión extranjera, sobre todo en la minería.

La población creció muy lentamente de 1823 a 1874, año en que llega a nueve millones de habitantes, o sea un crecimiento de sólo 0.55% al año, ya que además de que las condiciones económicas no pudieron implementarse adecuadamente, hubo también grandes epidemias y el país se vió envuelto en guerras civiles e invasiones extranjeras (la norteamericana de 1846 a 1848, que significó la pérdida de 2,300,000 kms², más de la mitad del territorio mexicano, y en 1862 la francesa).

De esta etapa se pasa al porfiriato, de 1876 a 1910, momento en que veremos transformaciones económicas y sociales considerables que fincan las bases del desarrollo capitalista en la industria, y en la agricultura de productos tropicales de exportación, teniendo como sustento la incorporación del capital extranjero. La expansión del capitalismo en Europa y Estados Unidos, sobrepasa su etapa de comercialización restringida a sus ámbitos económicos para iniciar la etapa imperialista de expansión de capitales, desarrollo y control del mercado mundial y aprovisionamiento de materias primas por parte de los países atrasados. En toda América Latina ocurre un auge equivalente. La otra base de sustento del desarrollo capitalista en México es el mayor desarrollo y consolación de la hacienda como unidad de producción que requería tierra y trabajo, de

manera que su expansión significó el control de los recursos naturales y la incorporación de los campesinos despojados de su tierra como peones acasillados o como arrendatarios que tenían que trabajar una buena parte de la tierra del hacendado sin salario alguno, proporcionándose así la acumulación de recursos cada vez mayor, que llevó a que la hacienda tuviese durante el porfiriato su máximo desarrollo.

El nuevo modelo de desarrollo económico planteado por los liberales de la Reforma, consideró la necesidad de incorporar a la circulación económica y a la capitalización tanto los grandes latifundios de la iglesia como las tierras de las comunidades indígenas y así incrementar el intercambio y consolidar aún más la propiedad privada profundizando un proceso de diferenciación interna. Las comunidades indígenas sufrieron de nueva cuenta un gran despojo, ahora por parte de una clase social sumamente agresiva que constituyó cacicazgos regionales con enorme poder. La desamortización de los bienes de "manos muertas" y el deslinde de la tierra llevaron a que se adjudicara a los hacendados alrededor de 27.5 millones de hectáreas, es decir el 13% de la superficie del país, lo que significó una enorme concentración de la riqueza.

En este periodo, el reforzamiento y expansión de la hacienda fue posible gracias al aumento del número de trabajadores eventuales baratos —cuyas tierras habían sido expropiadas y que carecían de otro recurso—, el uso del trabajo forzado, el trabajo de medieros o arrendatarios y la existencia de peones acasillados, en buena parte retenidos por deuda en las labores de las haciendas y que percibían sueldos cada vez más precarios. De aquí surge en buena parte una visión de la hacienda que en ocasiones nos remite a la hacienda colonial.

Encontramos dos momentos en la hacienda diferenciados fundamentalmente por quedar definida la relación social de producción para el conjunto, en el primer caso por el cobro de un tributo las comunidades indígenas que deben recurrir necesariamente al intercambio de productos para satisfacerlo en dinero y/o en especie y confrontados con la hacienda, y en el porfiriato por una relación de explotación más directa que recurre a la coerción extraeconómica y que tiene como base el salario y el usufructo (arrendamiento) de la tierra a cambio de trabajo. Relación también semiservil pero diferenciada de la anterior por la importancia global del régimen de propiedad, en función de la mano de obra. Durante la Colonia la definición de la hacienda se establece en términos de siervos de la Corona y aquélla tiene menos peso relativo, y durante el porfiriato en términos de "asalariados", renteros, apareceros, medieros o peones acasillados, bajo diversas formas de coerción. De este modo la relación se define en función del predominio de la propiedad o empresa privada.

De cualquier manera, el aumento de la producción, sobre todo en los primeros años del porfiriato, la expansión industrial, el mayor intercambio regional, el mantenimiento de la apropiación del trabajo indígena y la

incorporación del capital extranjero tuvieron lugar junto con un crecimiento demográfico mayor al observado durante la etapa independiente. De una tasa de crecimiento demográfico de tan sólo 0.55% de 1823 a 1874 se pasó a una de 1.1% de 1900 a 1910, es decir que la población aumentó al doble su ritmo de crecimiento, para llegar a ritmos equivalentes a los europeos del momento.

En el interior de las comunidades indígenas —aspecto que tendrá repercusiones demográficas significativas— se establecen formas o sistemas de identidad en aspectos superestructurales: lengua, religión, tipos de trabajo colectivo, formas de organización familiar fincadas en las establecidas y que se dan junto a la participación en la producción.

El lema de Porfirio Díaz de “paz y progreso”, impuesto por la fuerza, y la incorporación de capital privado y tecnología del exterior permitieron activar el desarrollo de la industria y la importancia de la hacienda, en la que se lograron aumentos sustantivos en la producción con base en el uso más intensivo de la mano de obra. Así llegamos a 1910, momento en el que sólo el 3% de la población dedicada a la agricultura poseía tierras. Con 15.2 millones de habitantes, el censo de 1910 registra tan sólo 840 hacendados, 412,000 agricultores y 3.1 millones de jornaleros de campo, o sea que dependían del campo alrededor de 12 millones de habitantes o sea el 80% de la población total.

Durante el porfiriato se logró un grado de integración mayor del mercado nacional, dando lugar a la industrialización incipiente que sustituyó tanto importaciones como trabajo artesanal tradicional. En la minería y la industria hubo renovación técnica y modernización de relaciones de trabajo. El impulso está dado por una renovada, notable y decidida orientación hacia los mercados extranjeros, dado que se dieron condiciones en los países desarrollados y en la tecnología que llevaron al incremento cuantitativo del comercio y a la modificación en la estructura de la demanda y en la propia estructura del mercado mundial.

Corresponde esta época a la movilización masiva del capital, ya que los mercados europeos y los Estados Unidos crearon nuevos mercados para el desarrollo de las manufacturas en las propias regiones. Lo característico del antiguo capitalismo de la libre concurrencia era la exportación de mercancías, ahora lo que impera es la exportación de capital.

Configuración del capitalismo tardío y dependiente

Lo que se inició en 1890 va a quedar configurado en 1930, cuando la Revolución Mexicana inicia su etapa “institucional”.

A principios de siglo las contradicciones del sistema se manifestaron con más fuerza. El valor de la producción agrícola sólo aumentó de 1895 a 1910 en un 28%, mientras que el de las manufacturas aumentó 89%. La

hacienda se estancó al no propiciar una mayor división social del trabajo y se hizo más imperiosa la necesidad de mantener cautiva su mano de obra en el nivel sólo del consumo necesario, y con un régimen de trabajo forzoso cada vez más violento. La Revolución Mexicana constituía la única salida y las orientaciones revolucionarias se encauzaron cada vez más a cubrir las demandas agrarias.

Durante los diez años transcurridos de 1910 a 1920 aumentó la proporción de población dedicada a la agricultura. La industria y la minería redujeron su mano de obra y no se vieron afectadas por la lucha armada. El petróleo y los minerales controlados por ingleses y norteamericanos se convirtieron en los rubros de exportación más importantes. Hubo cambios regionales considerables en la agricultura, que disminuyó su porcentaje del ingreso nacional generado. Aún así, la producción se eleva en el noroeste y en el norte y desciende abruptamente en el resto del país.

El momento de 1910 a 1921, fechas para las que se dispone de información censal, significó una pérdida de población de más de dos millones de habitantes, considerando los muertos por el movimiento armado, aquellos que emigraron a los Estados Unidos y los que dejaron de nacer (si la estimación se hace proyectando el ritmo de crecimiento observado de 1900 a 1910). De 15.2 millones en 1910 se pasa a 14.8 millones en 1921.

No obstante, el potencial económico acumulado antes de la Revolución se mantuvo y constituyó la base para la reactivación económica de los años 20 y 30, ahora con una orientación nacionalista incorporada a la Constitución de 1917 que define la mayor participación del Estado en la orientación del desarrollo, reafirma la expansión moderna iniciada en 1890, transfiere capital hacia diversas regiones, establece nuevos usos de la tierra, elimina la relación hacendado-peón e institucionaliza el desarrollo capitalista posterior como consecuencia de las transformaciones sociales que trajo aparejada la Revolución.

Para 1930 la población llega a la cifra de 17 millones, con un crecimiento demográfico del 1.1% de 1921 a 1930, o sea, igual al observado de 1900 a 1910. La tasa de natalidad para el período 1930-1934 fue de 45 nacimientos por cada mil habitantes, índice elevado cuya explicación posible es el mantenimiento de pautas y formas de organización y desarrollo de la familia que orientan hacia una reproducción alta, en la búsqueda de una población con un elevado ritmo de crecimiento, dado que la mortalidad también es muy elevada.

Desde los primeros tiempos de la Colonia se puso en evidencia la necesidad de una mayor población, sobre todo al constatarse la gran despoblación ocurrida durante los primeros 100 años a partir de la Conquista. Las Leyes de Indias propiciaron el matrimonio temprano, la retención de la población en sus lugares de origen, la "legitimación" del amancebamiento, la no prohibición de matrimonio entre los diversos grupos étnicos,

las segundas nupcias de viudos, así como regulaciones morales y religiosas según las cuales el fin básico del matrimonio es la procreación.

Todos estos aspectos se mantienen en la época independiente y hasta el porfiriato, considerando además los requerimientos de un país en formación en donde se reafirma la idea de pujanza a partir de una población amplia que crece rápidamente. Las ideas liberales agregan a estos aspectos la necesidad de una mayor y más rápida circulación de los recursos productivos, poniendo especial énfasis en la tierra y la mano de obra.

Estos aspectos explican el hecho de que la fecundidad sea muy superior a la de los países europeos antes de su desarrollo industrial. Algo similar se ha observado en el resto de los países latinoamericanos.

La mortalidad en el período 1930-1934 tuvo niveles elevados: 25 defunciones por cada mil habitantes, de menores de un año fueron 150, es decir que ésta había disminuído en relación con las tasas de mortalidad que fueron estimadas de 33 a 35 entre 1895 y 1904. La esperanza de vida al nacimiento había aumentado en seis años de 1900 a 1930, llegando en esta última fecha a 36 años.

Todos estos indicadores nos hablan de una población cuya dinámica corresponde a condiciones de vida atrasadas. Sin embargo, están dadas las condiciones para que la transición demográfica se inicie.

En México, de 1910 a 1928 las disputas por el poder se solucionaron siempre por las armas y sólo a partir de 1928, con la fundación del Partido Nacional Revolucionario (posteriormente Partido Revolucionario Institucional), se establecen vías de elección popular. El período transcurrido entre 1910 y 1935 es una época en la que no encontramos un desarrollo económico dinámico.

A esto hay que agregar los efectos de la crisis mundial entre 1929 y 1933, y el hecho de que las transformaciones de la Revolución, sobre todo en materia agraria, sólo empiezan a tener significación en 1930, cuando la administración, financiamiento y educación posibilitan mayores logros en la acción del Estado.

La nueva redistribución de la tierra, ahora como resultado de la Reforma Agraria, se logra a partir de 1920 y las primeras instituciones de crédito agrario cinco años después. Para 1920 la industria recuperó el nivel que tenía en 1910. La mano de obra disponible en el campo se redujo o se refugió nuevamente en la agricultura de subsistencia, mientras que en los centros urbanos aumentó tanto la oferta como la demanda. Se dieron cambios regionales importantes: en la agricultura del centro disminuyó considerablemente la producción mientras que en el norte se incrementaron los cultivos comerciales.

Todo esto trajo como consecuencia la redistribución de la población en el ámbito nacional: la expulsión de mano de obra provocada por una mayor comercialización de la agricultura, la obligada migración a regio-

nes de baja densidad y existencia limitada de mano de obra y las migraciones hacia los centros urbanos.

De cualquier manera, la Revolución transformó el control privado de los recursos naturales del país, dió ventajas al desarrollo capitalista nacional, particularmente en las regiones más desarrolladas, favoreciendo al imperialismo norteamericano frente al británico. El cambio más importante podría considerarse que fue la nueva participación del Estado en la conducción de la economía.

La etapa inicial del capitalismo (1880-1930)

La presencia externa constituye un factor sumamente importante en el desarrollo mexicano, que actúan sobre el interior, en el cual surgen nuevas relaciones. Es así como durante el porfiriato la ampliación de la economía de mercado estimuló la expansión económica, a través de la construcción de obras públicas con el auge de las exportaciones. Por otra parte, la desamortización de la tierra que rompe los "moldes" de la organización comunal, incorporó gran parte del campesinado a las haciendas, situándolo en la economía capitalista en una proporción mayor.

Para muy diversos autores, la construcción de los ferrocarriles en este periodo se considera el acontecimiento más importante, puesto que transformó toda la estructura económica. La agricultura, la minería y la industria frenaron sus posibilidades de transformación acelerada por el fortalecimiento de la hacienda, que buscó mantener relaciones casi serviles. Había que romper mediante una profunda transformación política el poder económico de una clase que no desea aliarse con campesinos y proletarios. La Revolución Mexicana propiciará a partir de 1935 un crecimiento económico definido: de 1910 a 1935 tenemos una etapa sin crecimiento económico sostenido y de reacomodo político y transformaciones sociales considerables, necesarias a la modernización del desarrollo capitalista.

Las tasas medias de crecimiento anual del producto bruto interno muestran con claridad la etapa de 1895 a 1935: de 1895 a 1910, 4%: de 1921 a 1935, 3.4%. El producto por persona (estimado en pesos de 1950) pasa de \$ 513 en 1895 a \$ 997 en 1935. Si bien la actividad económica durante el periodo bélico de la Revolución muestra una caída considerable de 1910 a 1915, la producción agrícola sufrió más que la manufacturera tal caída, pero al mismo tiempo mostró una recuperación considerable e incluso algunos productos no mostraron cambios, particularmente los productos más necesarios como el maíz y el frijol. Los índices del volumen de la producción manufacturera indican que ésta llega a producir lo mismo que en 1910, hasta 1921.

En la actualidad está iniciándose con mayor información y menor "ve-

hemencia política", la discusión sobre la significación económica, social y política de la etapa armada de la Revolución, la cual no parece haber afectado tanto como se supone el aparato productivo. De cualquier manera hubo cambios importantes de naturaleza política y social y efectos económicos definidos que sólo después de la Gran Depresión de 1929-1933 reencontrarán el ritmo interrumpido por el movimiento armado.

Es claro que la Revolución Mexicana significó un nuevo orden social que tendría que enfrentarse a la creación de una base económica adecuada que se fundaría en la redistribución masiva de la tierra como vía del progreso, incorporando el campesinado al mercado, hecho que permitió una demanda creciente de bienes de consumo y facilitó la adopción de nuevas tecnologías. Sin embargo, tal incorporación del campesinado al mercado sería relativa en la medida en que la Reforma Agraria con su sistema ejidal y su vecino cercano, el minifundio, creó una contención al desarrollo capitalista de la agricultura y al mismo tiempo propició el desarrollo del sector privado agrícola, se pudo disponer de una gran reserva de mano de obra barata, y que finalmente logrará incrementos importantes en sus niveles de productividad y en el conjunto de la producción.

Para 1930, el 69% de la población estaba dedicada a la agricultura —en 1895 era el 66%—, con una productividad por trabajador un 15% menor (\$ 1,146 en 1895 y \$ 994 en 1930 y una población dedicada a la agricultura de 2,957,000 y 3,674.000 respectivamente).

La distribución de la tierra explica en buena parte que aumentara la proporción de población dedicada a la agricultura para 1930. Esta proporción en cifras absolutas significa un aumento considerable y un nuevo punto de partida para el desarrollo del país. Las transformaciones en los otros sectores de actividad son importantes no tanto en relación con los montos de población activa sino en relación con sus nuevos niveles de productividad: en las manufacturas desciende la proporción de PEA 11.5% en 1895 a 10% en 1930, aumentando tan sólo un 1% la población ocupada; de igual manera disminuye la proporción de la fuerza de trabajo en la construcción y los servicios y aumenta un poco en comercio. Sin embargo, en todos los sectores salvo en la agricultura, el producto generado por trabajador creció considerablemente, logrando para todos los sectores un aumento de \$1,552 a \$2,676, lo que constituye un incremento en el producto per cápita 72% mayor (a precios de 1950).

Un aspecto importante a considerar es el hecho de que mientras la población creció en un 31% de 1895 a 1930, la población económicamente activa sólo creció un 20%. Se dá de nueva cuenta un retorno a la actividad agrícola de muy baja productividad o en buena parte de subsistencia; la industria redujo su población activa en términos relativos y en estas condiciones se puede afirmar que el movimiento armado ayudó a la sustitución de mano de obra en la industria de manera muy eficiente,

e incrementó los niveles de producción de manera notable (el producto por trabajador en las manufacturas pasa de \$ 1,740 en 1895 a \$ 4,548 en 1930). La "Revolución Industrial" se había iniciado con gran fuerza.

En el interior de la industria se da el rápido desplazamiento de los pequeños talleres, proceso que se reproducirá constantemente hasta nuestros días. El cambio más importante ocurre en la minería, donde la producción por trabajador aumentó 6 veces y la población trabajadora disminuyó un 36% de 1895 a 1930. Sería un último momento de auge de este sector en el cual la demanda externa siempre fue el factor decisivo.

Los efectos demográficos de estas transformaciones plantean una nueva pauta que definirá el proceso futuro. En primer término, el inicio de la disminución de la mortalidad que llevó a aumentos en la esperanza de vida de 6 años en el período, puede atribuirse al aumento general de la producción y una mayor participación en la economía de mercado de la población agrícola, que a partir de la Reforma Agraria va a constituirse en dos sectores, el capitalista y el no capitalista, que juntos traerán un enorme ejército de reserva de mano de obra desempleada y la base del proceso de concentración demográfica en los centros urbanos mayores.

Debe mencionarse el hecho importante, para la disminución de la mortalidad, de la desaparición de las grandes epidemias (la última fue la influenza española de 1917 a 1919) y el paulatino surgimiento y organización de instituciones sanitarias, el incremento considerable de las comunicaciones y transportes y en general, el desarrollo de programas de política social que nunca se habían dado con anterioridad, particularmente en educación. De cualquier manera estamos en una "dicotomía" que tiene poco sentido en la medida en que desarrollo económico y salud pública y/o desarrollo social intervienen conjuntamente, sobre todo en esta etapa en la cual cualquier medida sanitaria tiene un efecto considerable y la educación trae transformaciones.

La distinción tendrá más sentido en la siguiente etapa. Lo que sí aparece con mayor claridad es que la disminución de la mortalidad se da con mayor rapidez en las clases bajas dado el tipo de epidemias y enfermedades que fueron eliminadas por la acción sanitaria y dado que la disminución de la mortalidad ocurrió particularmente en las primeras edades.

Otro efecto demográfico considerable fue la redistribución de la población en el territorio. El mayor incremento absoluto de 1900 a 1930 se da en localidades de menos de 5,000 habitantes, sin duda como resultado de la distribución de tierras, proceso que se acentúa de 1930 a 1940 para decaer rápidamente en los años siguientes.

El mayor incremento relativo lo encontramos en las ciudades, hecho que se atribuye a la búsqueda en un lugar más seguro durante el movimiento armado y al desarrollo económico capitalista inicial.

Este incremento se da a través de dos vías: la expulsión de población

rural y el crecimiento natural urbano que en esta época no mostrará aún su carácter diferencial acusado respecto al rural. Lo anterior tan sólo constituye una apreciación del crecimiento natural a partir de los datos, ante la dificultad de cálculos detallados, apreciación que resulta fundamentalmente de los niveles elevados de mortalidad en los Estados de la República con predominio de población rural y la proporción de población no nativa que aparece en los censos de población por entidades federativas, y desde luego, la migración hacia Estados Unidos, de manera, ahora, importante.

De cualquier modo de 1910 a 1930 los centros de población de 15,000 y más habitantes muestran un crecimiento mayor al que se dió con anterioridad. Este último aspecto complementa el cuadro de la movilidad geográfica sobre todo de 1910 a 1930: migración hacia centros rurales como resultado de la distribución de la tierra a regiones de baja densidad y poca mano de obra, aspecto que se dá junto con la expansión de la producción del sector de subsistencia, en gran medida consecuencia de la ampliación de la tierra cultivada. En estos momentos no encontramos de manera significativa renovación técnica y hay poca disponibilidad de capital. Asimismo, se inicia la expulsión de mano de obra como resultado de la mayor comercialización de la agricultura.

En cuanto a fecundidad, último factor demográfico básico que queda por detallar en esta etapa, observamos que todas las estimaciones coinciden en señalar que los niveles de natalidad se mantuvieron constantes y por encima de los 45 nacimientos por cada mil habitantes. Las variaciones en los diversos cálculos se deben más bien a los defectos de la información, especialmente a la sub-numeración censal, consideramos que los niveles pueden ser mayores que los estimados, sobre todo por que la emigración internacional no ha quedado incorporada a estas estimaciones de la población, sobre todo para el año 1930. No sólo se trata de las deficiencias en la información censal. Las estadísticas vitales, a su vez, adolecen de fallas mayores, sobre todo para estos años, de manera que es difícil llegar a cálculos refinados, especialmente cuando se trata de establecer si se dan niveles diferenciales de la fecundidad, aspecto sumamente importante cuando queremos llegar a ubicar los factores que determinan cambios en su intensidad y composición interna.

Las tasas de natalidad mencionadas están haciendo referencia a una fecundidad elevada, que en los países desarrollados sólo fue equivalente a la que se dió en Rusia en la segunda mitad del siglo XIX, la de los colonos canadienses o la de los norteamericanos al principio del siglo XIX. En la mayoría de los países europeos siempre fue por debajo de los 40 nacimientos por cada mil habitantes. El hecho de que para 1930 en el caso de México se llegue, después de correcciones a los datos, a la cifra de 50 nacimientos por cada mil habitantes, aparentemente resulta del hecho de que para este momento aún se está dentro de la etapa de naci-

miento de parejas que postergaron su matrimonio por el movimiento revolucionario y por otra parte un "hueco" importante entre los 10 y 20 años de edad: Esto puede explicar a su vez, la paulatina disminución de la tasa de natalidad en los siguientes diez años, no así a partir de 1940, cuando empiezan a tener influencia en la disminución de la tasa de natalidad cambios en la estructura de edad de la población. Es decir, la fecundidad propiamente dicha no disminuye.

En cuanto a la manera en que se consideró en el país necesario o problemático el crecimiento demográfico y cómo se implementaron algunas acciones, vale la pena reseñar las posiciones desde el porfiriato hasta 1940 para tener un panoramá más o menos completo de esta época.

Se agrega aquí la década de los años cuarenta porque durante estos años se hace más evidente el ritmo mayor de crecimiento demográfico y se multiplican las consideraciones de política económica y sus relaciones con la población.

Debe tomarse en cuenta la cercanía de los planteamientos liberales y la influencia que tuvo en toda América Latina el pensamiento de Alberdi de que "gobernar es poblar". A esto hay que agregar el recuerdo del despojo de la mitad de nuestro territorio. Por otra parte, la falta de mano de obra se hizo notable en el campo durante el movimiento armado, cuando buena parte del campesinado se incorporó a los ejércitos o fue enrolado como "gleba". Por estas razones es claro que se considere a la población como la mayor de las riquezas. Sin embargo, ya desde entonces encontramos posiciones orientadas a evitar la procreación limitada, como las de la convención Regional Obrera en 1917.

Lo que privó fueron las posiciones poblacionistas defendidas a partir de los propios presidentes (Alvaro Obregón, Plutarco Elías Calles), y planteamientos como los de Gilberto Loyo, orientados a lograr una mayor integración del país, a partir de la relación producción-población. Incluso se dictaron leyes que imponían impuestos al celibato en Tamaulipas (1937). Por otra parte había que incorporar a los mexicanos expulsados de los Estados Unidos por la Gran Depresión. Sin embargo ya en ésta década (1930-1940), se hicieron llamados al mayor crecimiento demográfico, sobre todo por parte del presidente Lázaro Cárdenas, quien con mayor realismo vio la necesidad de impulsar la agricultura sobre nuevas bases, iniciando la construcción de los grandes sistemas de riego y por otra parte, considerando el crecimiento urbano que para esta época mostró un incremento mayor.

En la esfera política los acontecimientos habían llegado a establecer en primer término la mediatización del campesinado; la desintegración de la lucha obrera y su posterior corporativismo (1938) cuando se integra el Partido (P.N.R. - P.R.M. - P.R.I.) como un partido, de organizaciones por sectores, en donde el sector obrero se irá convirtiendo en el protagonista de la lucha política, hasta lograr un programa reformista, en

donde va perdiendo fuerza la posibilidad de una democracia de trabajadores para llegar al régimen socialista; la conformación de la burguesía como resultado del crecimiento económico del país; y la orientación del Estado hacia la acumulación del capital, abandonando el proyecto nacional.

Se habían dado todos los elementos para lograr el desarrollo económico a costa de la pobreza.

Todo lo anterior quedó implicado en la construcción de la nueva etapa de crecimiento económico vigoroso, con el antecedente de un considerable aumento de la inversión extranjera durante los años de inestabilidad política, que pasó de 1900 a 1929 de una participación de 20% a 40% en el conjunto de la riqueza nacional, con la consiguiente dependencia respecto de la economía norteamericana, a tal grado, que sus etapas de prosperidad y depresión tendrán efectos notables en la economía del país.

El periodo del desarrollo económico (1940-1970)

En México, de 1930 a 1940 ocurren transformaciones importantes, algunas de las cuales ya han sido señaladas. En este período se inicia la disminución de la mortalidad. La esperanza de vida al nacimiento pasa de 36.9 años a 41.5 en 1940, la tasa de mortalidad, de 25.6 defunciones por cada mil habitantes para el período de 1930-1934 a 22 de 1940-1944, el crecimiento medio anual de la población pasó de 1.1% de 1921 a 1930 a 1.7% de 1930 a 1940. Los centros urbanos mostraron un crecimiento un poco menor al observado en la década anterior (3.5% y 3.0% respectivamente en localidades de más de 15,000 habitantes) y la población rural en localidades de menos de 5,000 habitantes pasó de 1.1% a 1.4% mientras que las localidades intermedias mantuvieron su crecimiento reducido (1.2% y 1.1% respectivamente en localidades de 5,000 habitantes), lo que nos indica claramente cómo se reorientó el crecimiento de la población en el campo y cómo las ciudades mantuvieron su ritmo de incorporación de migrantes, aunque a un ritmo menor entre 1930 y 1940.

Para este momento, en los países desarrollados se habían dado ya los cambios demográficos que llevaron a plantear nuevas teorías, sobre todo las de la revolución demográfica, antecedente de la teoría de la transición. En la mayor parte de estos países se lograron descensos en la mortalidad que alcanzó cifras menores a las de 13 defunciones por cada mil habitantes y en algunos casos se llegó a 10. Al mismo tiempo, la fecundidad fue menor en todos los casos, a una tasa de natalidad de 30, llegando hasta 15, lo que corresponde a tasas brutas de reproducción por debajo de 2.0 y que llega en algunos países hasta 1.0.

Hay que tomar en cuenta en estos casos que la baja mortalidad correspondió a su vez a estructuras de edad "envejecidas", dado que la dismi-

nución de la fecundidad se había iniciado alrededor de cien años antes. La URSS, para 1940 aún tenía una tasa de natalidad de 37.6 por mil y de mortalidad de 17.9 que para 1965 fueron de 18.4 y 7.3 respectivamente, con una estructura por edad relativamente joven, hecho que implica en parte esta tasa de mortalidad tan baja. O sea que la transición en la URSS tomó muy poco tiempo comparada con el proceso observado en los países capitalistas. Se trata de una transformación notable que corresponde a los cambios radicales que sufrieron las relaciones de producción en la construcción del socialismo. Es decir, estamos frente a una situación en la cual en muy corto plazo se logra la transición demográfica, consecuencia directa de las grandes transformaciones revolucionarias.

Algo similar se ha dado en China y más recientemente en Cuba.

En América Latina, sólo en la Argentina (y al parecer en Uruguay también) se habían logrado para estos momentos una fecundidad y una mortalidad bajas (17.2% y 9.6% para 1935-1939) en buena parte debido a su inserción temprana en el mercado mundial y a la fuerte inmigración de españoles e italianos principalmente.

Un aspecto importante que hay que señalar es que la fuerte emigración de europeos hacia los Estados Unidos y países colonizados, constituyó una posibilidad considerable en cuanto a la "exportación" de una buena parte de las fuerzas productivas (léase aumentos del ejército de reserva correspondiente al desarrollo capitalista. En estos países el avance en el nivel de las fuerzas productivas (léase aumentos de la productividad y radical disminución de la población dedicada a la agricultura) correspondió a la etapa de integración del mercado internacional, con tasas extremadamente elevadas de crecimiento económico y cambios rápidos en la estructura de la producción y en los patrones de vida sugeridos por la industrialización y urbanización, con la participación de un conjunto cada vez mayor de conocimientos e inventos que posibilitaron tasas agregadas de crecimiento.

Por otra parte, la crisis capitalista internacional que se manifestó en la lucha de los mercados que llevó a la Primera Guerra Mundial y después a la gran depresión de los años treinta, condujo a los Estados Unidos a la hegemonía indiscutible a buscar, después de la Segunda Guerra, la colocación de sus excedentes comerciales.

En el período de entreguerras, los países latinoamericanos de mayor desarrollo relativo como Argentina, Brasil, México y Chile lograron impulsar un proceso de industrialización y aprovechar los cambios que tenían lugar en la economía capitalista internacional e incrementar la industria manufacturera. Al mismo tiempo, la inversión directa norteamericana comenzó a recuperarse, hasta lograr hacia 1950 el nivel que tenía antes de la crisis del 29, hecho decisivo para México, sobre todo en el sector manufacturero.

Antes de referirnos a la situación mexicana, debe indicarse que los tipos o procesos de cambio señalados, como el de la transición demográfica o

el incremento notable del volumen de artículos de consumo y de servicios, ocurrieron junto con un crecimiento demográfico mayor al observado anteriormente en la mayoría de los países y junto con un reciente producto per cápita, por lo menos cinco veces mayor con respecto a la población.

En el nivel mundial, la asociación entre crecimiento demográfico y el desarrollo fue positiva en el sentido de observarse un crecimiento más rápido en los países desarrollados. Aunque también es cierto que esta asociación no fue tan clara ya que en algunos países el crecimiento del producto per cápita estuvo asociado con tasas bajas de crecimiento demográfico, lo que nos hace ser más cautos y sobre todo nos lleva a no hacer equiparables estas situaciones con las actuales de nuestros países en los cuales se presentan condiciones totalmente distintas, como ya he indicado, a las que tuvieron lugar en el pasado en los países avanzados y en donde la inversión requerida con una tasa mayor de crecimiento demográfico es también mayor. El problema está en cómo se genera tal inversión, cómo se acumula, a quiénes beneficia y en qué medida es factible, y si el crecimiento demográfico es un obstáculo o bien constituye una condición del crecimiento del producto. Habrá que decir que esto depende de si se dispone de recursos cuando menos tan fácilmente explotables como los recursos en explotación, si se aplican técnicas mejores y si el sistema social es capaz de utilizar al máximo los nuevos recursos y las nuevas técnicas y lo fundamental: a quiénes beneficia. Estamos aquí en el centro del problema.

De 1940 a 1970 tiene lugar una nueva larga fase de desarrollo económico en la que se reorienta la acción del sector gubernamental dando preferencia a la industrialización, aumentando la productividad de la inversión y manteniendo una tasa de crecimiento del producto siempre por encima de 6% anual, mismo que pasó de \$1,165 en 1940 a \$3,104 (en pesos de 1950) por persona en 1970.

La aportación de los grandes sectores al producto cambia sustancialmente de 22.6%, 29.7% y 47.8% en 1940 a 11.6%, 34.3% y 54.1% en 1970 para los sectores primario, secundario y terciario respectivamente.

El crecimiento del producto per cápita en este período resulta de 3% en promedio, con una productividad mucho menor del sector agropecuario y una considerable disminución de la contribución de la agricultura.

En el caso de la agricultura habrá que hacer algunas consideraciones mayores en la medida en que aquí se centra buena parte de la problemática mexicana.

La población económicamente activa pasó de 31% en 1940 a 27% en 1970 (cifras corregidas: 6,055 miles en 1940 y 13,181 miles en 1970); la población dedicada a la agricultura constituyó en 1970 sólo el 40% mientras que en 1940 fue el 63% y las actividades no agrícolas pasaron de 37% a 54.8%.

Estamos ante transformaciones considerables que constituyen tan sólo el marco global del desequilibrio. Un primer aspecto es el de la disminución de la PEA respecto del total (aún con las diferencias conceptuales de los censos), situación que podría entenderse en los países avanzados en la medida en que en ellos hubo incrementos notables de niveles de instrucción, aumentos sustantivos del consumo, mayor disminución de la mortalidad, y un régimen de seguridad social considerable. Todos estos aspectos en México no se han logrado aunque habrá que señalar que hubo avances en lo social si bien no se produjeron transformaciones en lo económico. Al respecto conviene destacar algunos otros elementos básicos del cambio económico.

Si consideramos que la población rural en localidades de menos de 2,500 habitantes ha crecido a una tasa constante de 1.5% desde 1940 a 1970, si el crecimiento de esta población se ha incrementado de 1.9% de crecimiento medio anual de 1930 a 1940 a 2.8% de 1960 a 1970 y si además tomamos en cuenta que el crecimiento de las localidades intermedias de 5,000 a 15,000 habitantes se ha mantenido desde 1940 a un ritmo semejante al de la población total (un poco mayor de 1940 a 1950) de 3% en 1940 a 3.3% en 1970 promedio, resulta un éxodo rural considerable que se acumula en los centros urbanos mayores de 15,000 habitantes, los cuales muestran tasas de crecimiento medio anual de 5.9 de 1940 a 1950 y de 5.5% de 1950 a 1970 y se evidencia la total incapacidad de la agricultura para incorporar a la población económicamente activa que reproduce, y a su vez la contribución directa (por migración) e indirecta (por nacimiento de hijos migrantes en los centros urbanos) al crecimiento de las ciudades. Por ejemplo del área urbana de la ciudad de México que alcanzó al 70% en el período considerado.

Las condiciones de producción de la agricultura nos pueden explicar en parte la expulsión de población, que representa una deseconomía brutal para el campo en recursos humanos ya que los que migran son los más preparados.

Los estudios del problema insisten en considerar la agricultura en razón de dos sectores: el capitalista y el no capitalista; el primero en la actualidad genera la mayor parte del producto agrícola.

El promedio ha sido brevemente el siguiente: para 1940 el valor medio de la producción vendida por hectáreas es semejante en los predios mayores de 5 has., menores de 5 has. y predios ejidales, siendo para este año la superficie cultivada respectivamente de 6.8, 1.1 y 7.0 millones de hectáreas de un total de 14.9 millones de hectáreas. Para 1960 la superficie cultivada llega a 23.8 millones y se distribuyó de la siguiente manera: 12.2 millones en los predios mayores de 5 has., 1.3 en los menores de 5 has. y 10.3 en los ejidos, generando el primero para estos momentos el más alto valor por hectárea, ya que comparado en precios de 1940 éste llega a ser de \$ 2,037 para los mayores de 5 has., \$ 1,550 para los me-

nores de 5 has. y \$ 1,419 para los ejidos. Se habla aquí de la producción vendida, ya que la no vendida no puede ser base para un proceso de acumulación. En esta situación, para 1960 los predios mayores general el más alto valor por hectárea. Por otra parte, si se toma la relación entre el producto total y los insumos totales, asignando el valor correspondiente a la fuerza de trabajo, aparece una relación de "eficiencia" de 1.9 para los predios mayores de 5 has., 1.1 para los menores de 5 has. y de 1.5 para los ejidos. Este aspecto ha sido motivo de grandes controversias buscando sostener la eficiencia del sector beneficiado por la Reforma Agraria por la vía ejidal.

El aumento de la población agrícola económicamente activa en los tres decenios —la que disminuyó de 1960 a 1970— ha tenido lugar principalmente para el sector privado. En el caso de los ejidatarios se ha mantenido bastante estable, alrededor de 1.6 millones en los tres censos. Las unidades privadas de más de 5 hectáreas aumentaron su fuerza de trabajo masculina de 1,051,000 en 1940, 1.6 millones en 1950 y casi 2 millones en 1960: de estas cifras, los trabajadores asalariados, medieros, etc. representaban 742,000 en 1940 y 1.1 millones en 1950 y en 1960.

Los ejidos duplicaron su producción de 1940 a 1960; también aumentó, aunque en menor grado, la población ocupada, permaneciendo bajos el uso de capital y otros factores de la producción. Las unidades privadas duplicaron la utilización de trabajo y la producción aumentó 3.6 veces.

De los cuadros del censo de 1970 se deduce la existencia de un proletariado que constituye el 59,3% de la PEA agrícola, 38,2% de campesinos y 2,5% de patronos, es decir, que el carácter proletario del sector agrícola supera su carácter campesino en cuanto a PEA. Es importante anotar que de tabulaciones especiales del censo de población de 1970 para la población indígena surge que el 45% de la PEA son asalariados agrícolas, lo que habla de la expansión del carácter capitalista de la agricultura en todos los ámbitos; que ésta en el conjunto presenta de manera mezclada, sustitución y lenta absorción, muy por debajo del crecimiento de la población y que dentro del sector, en consecuencia, mantiene una oferta mayor que la demanda y que tiene también la virtud de ampliar la oferta urbana por la vía de migración. Por otra parte, un aspecto que debe verse en toda su significación económica y política, es que los trabajadores asalariados en la agricultura para 1970, duplican en número a los proletarios industriales.

Estamos frente a la confrontación de pautas tradicionales sin aparente solución.

Sin embargo, no se trata, de "proletarios de tiempo completo" y de ahí buena parte de sus "limitaciones políticas", aunque en gran proporción su dependencia es sólo respecto del trabajo, como asalariados.

En 1970, en los predios ejidales y en los menores de 5 hectáreas el 72% del personal ocupado estaba integrado por los productores y sus

familiares y el resto asalariados y en los demás de 5 hectáreas 47% son productores y familiares y 53% de asalariados. Si consideramos el total de población "dependiente" de los 3,100,000; entre 2.5 millones de obreros agrícolas y 600,000 propietarios y ejidatarios, nos quedan 2,100,000 que declararon depender de la agricultura, de los cuales 1,200,000 se ocupaban eventualmente. Esta cifra es conservadora ya que se ha estimado para 1965 en cerca de 4,000,000 incluyendo a familiares.

Autores de trabajos recientes confirman cómo las demandas del asalariado agrícola tienen fundamentalmente un carácter campesino, pues continúa la demanda de tierra, lo que junto con todo lo anterior lleva a concluir que se da un proceso de desarrollo capitalista en la agricultura que sustituye relativa y lentamente fuerza de trabajo como elemento central de la expansión, proceso que no puede hacerse con mayor rapidez dado que se corre el riesgo de hundimiento del sistema, que tiene que contener a toda esta población en la miseria (60% de subocupados en el sector a partir de criterios de ingreso). De aquí que se busque cubrir los requerimientos de las clases en la agricultura, protegiendo los intereses de la burguesía agraria y satisfaciendo las demandas campesinas muy parcialmente y con lentitud. Es aquí donde entra en juego la gran capacidad corporativa del sistema político mexicano en el cual, a través de las organizaciones "revolucionarias", se "dosifican" los beneficios de los sectores de proletarios y de campesinos y se mantiene como inevitable la violencia, la lucha campesina y el despojo en niveles locales.

La modernización en el campo, por la que claman periódicamente los tecnócratas, o la defensa de los intereses campesinos, base de la revolución y sector sobre el que "se ha fincado el desarrollo industrial", desempeñan el papel mediador. Recientemente resurge esta posición, cuando se acepta, en el más alto nivel, el fracaso de la Reforma Agraria y/o del sistema ejidal. La recreación ideológica se finca ahora en la identificación, aceptación y apoyo de la agricultura capitalista, que para su expansión requiere del mantenimiento y muy lenta incorporación del sector no capitalista.

Los efectos demográficos de este proceso se manifiestan en la movilidad geográfica de la población en relación directa con el avance de la agricultura capitalista y el desarrollo urbano. En ambos casos el resultado es sobrepoblación relativa y ampliación del ejército industrial de reserva. La agricultura capitalista se concentra en el norte y en el Bajío, donde se privilegia la producción agrícola para exportación. Si consideramos los niveles de productividad de la mano de obra para 1970, comparados con los Estados Unidos, por trabajador (México Dlls. 579: E.U. = dlls. 7,111.1), encontramos que es 12 veces menor, y esto nos da una idea del brutal atraso en que se encuentra el país. Los salarios en la agricultura son a su vez 7 veces menores, los que nos muestra la magnitud de la

transferencia de valor de México a los Estados Unidos por la vía de la exportación.

Buscando la transición demográfica

Hemos visto cómo la población relativa en el campo va a posibilitar a los propietarios pequeños y ejidatarios el mantenimiento de relaciones de producción que tienden a permanecer sin cambios, lo que no ocurre en el sector agrícola capitalista y que a la vez lo hace posible, en la medida en que constituyen un producto del mismo proceso revolucionario, a su vez consecuencia de la brutal concentración de la tierra. Esta nueva situación va a enfrentar con la división internacional de países productores de manufacturas y países productores de materias y alimentos, y también después de la segunda guerra mundial con el proyecto del vecino norteamericano de inversión en el exterior, libre comercio e integración económica, política que a partir de los años sesenta se orientará hacia el control de los aparatos productivos de los países atrasados, incluyendo al de los alimentos.

El desarrollo industrial de países como Brasil y México se dará ahora dentro de tres grandes transformaciones estructurales del sistema capitalista mundial: la creación de grandes empresas monopólicas que operan en el nivel mundial, el avance científico y tecnológico y el control de la tecnología por la operación transnacional.

Estos aspectos tienen una particular importancia en la medida que implican una reducción del coeficiente de capital y se refuerza la exportación de capital, y conllevan la necesidad de absorber excedentes usando la ayuda militar, el desperdicio, etcétera.

Para países atrasados significa la incorporación, dentro de la tendencia sustitutiva, de tecnología superada y por otra parte que la ampliación del mercado busque más penetrar en profundidad que extenderse; si bien la inversión extranjera se orientó hacia el sector manufacturero (anteriormente predominaba la inversión en minería, comercio y transportes; luego en la industria manufacturera, 74% de la inversión privada en México en 1968), tiende a ampliarse ahora a todos los sectores sin desperdiciar ninguno.

Es por eso que las importaciones de maquinaria y alimentos sustituyen los productos manufacturados.

Para la CEPAL la industrialización en América Latina corresponde a la nueva división internacional del trabajo, en cuyo marco se transfieren, a los países dependientes etapas inferiores de la producción industrial. En este sentido habrá que hacer más expedito el desarrollo industrial y es por eso que la agricultura debe orientarse también hacia el consumo

interno, sobre todo de la población urbana, manteniendo bajo el costo de la producción de alimentos y de las materias primas.

La expansión del ejército industrial de reserva hará posible el proceso de acumulación de la empresa capitalista industrial, con un Estado capaz de asumir el papel de planificador del desarrollo.

Vale la pena mencionar algunos elementos que nos muestren tal papel con referencia a nuestro tema central: la población.

Todas las orientaciones de la planificación plantea el desarrollo como garantía de estabilidad política. Las resistencias de los planes privados de los años 50 había que "subordinarlas" a tal estabilidad, lo que vino a ser urgente en la siguiente década frente a las revoluciones populares y ante la necesidad de formular planes de desarrollo como instrumento para obtener ayuda externa. Otro elemento fue la constatación de tasas de crecimiento demográfico muy elevado, que llevó al análisis más concreto sobre los problemas de población y a buscar incorporar políticas de población consecuentes con las políticas de desarrollo, tratando de enfrentar las barreras considerables de carácter estructural.

A principios de la década actual, el "proyecto" de capitalismo nacional acepta las determinaciones de la dependencia, o sea el reconocimiento de la interdependencia de los países capitalistas y la hegemonía de los Estados Unidos, lo que lleva a desechar por completo la idea del Estado defensor de la libre concurrencia para pasar a considerarlo el actor decidido en el mantenimiento de su carácter capitalista, que se fortalece constantemente y crea órganos que tienden a racionalizar las actividades. El carácter puramente económico de planificación desaparece, dando lugar a la planificación social que se incorpora a la economía a través de programas sectoriales.

El desarrollo paralelo de la planificación de lo social fue aceptado por los economistas, marcando claramente sus límites. Entendiendo como consumo, tales límites son que no se impida la acumulación y lograr un cierto ritmo de crecimiento.

Así, gran parte de los programas dependen de la toma de decisiones económicas y la satisfacción de presiones y demandas. No cubrir algunas de ellas implica problemas políticos considerables. En este sentido el crecimiento demográfico tan elevado amplifica las demandas. Estos aspectos llevaron en parte a la incorporación de nuevos conceptos, como los de desarrollo integral y los estilos de desarrollo de cada situación nacional, elementos que en conjunto son aportes a la necesidad de recreaciones ideológicas del sistema pero que implican la búsqueda de la integración de todos los sectores de la población, particularmente el de subsistencia, y a la concentración del ejército industrial de reserva y la mas marginal en los centros urbanos.

Debe reconocerse sin embargo (y esto será importante en las consideraciones siguientes) que en algunas áreas del desarrollo social se han lo-

grado avances. Es claro que se da un gran retraso en el logro de los objetivos planteados hace tiempo, pero hay acciones que se han implementado y que actualmente quedan incorporadas de inmediato en los programas que periódicamente elaboran los gobiernos y que forma parte del acervo social.

En materia de población, la polémica que se ha sostenido desde hace 20 años, ha traído como resultado que ya no se discuta sobre la planificación familiar en términos de su consecuencia o su inconsecuencia. Constituye ahora la aplicación de un avance de la humanidad al que todo mundo tiene derecho, aunque muy pocos tengan verdadero acceso. Se persigue la implementación de medidas concretas que permitan el logro de ciertas metas, que debe expresarse en términos de la adecuación institucional del sector público y privado para el logro de un determinado ritmo de crecimiento y una cierta distribución de la población que frene la gran concentración en pocos centros urbanos.

Se trata en definitiva de reforzar la pauta de crecimiento, ampliando lo más posible el mercado.

Es aquí cuando la planificación se enfrenta a un desarrollo que no logra ser encauzado y que resulta más y más limitado, o más y más injusto, por los requerimientos de acumulación y su operación y su operación sustitutiva de la mano de obra.

Y al llegar a este punto, cabría preguntarnos si sería posible dar un sentido ético, a la expresión, en apariencia tan fascista, como "planificación".

¿Será posible, cuando ya Emmanuel Kant advertía, al abundar sobre el imperativo categórico, que todo ser humano debe verse como un fin en sí mismo, nunca como un medio, un instrumento para otros fines.

Sí, siempre que interpretemos las expresiones de que se trata en términos de planeación y que demos a la palabra planificación un sentido ético. Me explicaré.

Dos son los paradigmas dominantes a que se ciñen los conceptos sobre planificación. El primero, el paradigma clásico, el causal, subsiste. El segundo, nacido en torno a la Segunda Guerra Mundial, el paradigma teológico, es otra posibilidad, en ocasiones de enorme utilidad. En el paradigma causal los fenómenos ocurren por tales o cuales causas, éstas los proceden siempre y se plantea eligiendo el curso óptimo de acción, óptimo desde el punto de vista de sus consecuencias. En el teleológico se realizan actos, cursos de acción, que conducen a fines deseados; las razones por las que se actúa han de ocurrir después de los fenómenos cuya materialización se provoca antes de los fines que los motivan: se planifica para alcanzar fines.

En ambos esquemas de la planificación, en ambos paradigmas, la ética puede —y, por defición, debe— desempeñar un papel decisivo. En el paradigma causal es, sobre todo al aplicar un criterio que nos permita se-

leccionar el curso óptimo de acción, que acudiremos a la ética. En el tecnológico, la ética determina la especificación de escenarios deseables y la elaboración de políticas o la creación de mecanismos de control para acercarnos a lo que deseamos. En ambos paradigmas, sin embargo, cada paso que demos estará impregnado de ideología, es decir, a la postre, de ética; tal decisión del tiempo y esfuerzo que se dedicarán a planificar, tal simplificación que nos conduzca a especificar determinados cursos de acción, controles o políticas de entre los que debemos elegir y así sucesivamente. Cualquiera que sea el propósito que persigamos, mientras lo planifiquemos en un marco ético será ético, será aceptable para quien sostenga la ética en que se fundamente.

Todo sistema ético puede expresarse en la siguiente forma: "Considero ético —o, en otros términos considero deseable— que sucedan tales cosas al conjunto de seres del universo, incluyéndome a mí misma: quizá incluso cosas diferentes a los diversos seres". Por ejemplo, puedo juzgar ético que haya congruencia entre la felicidad o sufrimiento de cada quien y la bondad o maldad de sus actos; o puedo asignar la categoría de ético a aquello que maximiza la felicidad de cada ser, o a lo que maximiza su poder, y así sucesivamente. Cabe admitir que un acto sea más o menos moral según el grado en que los resultados que tienda a producir se aproximen más o menos a lo que se considera ético. Correspondiendo a cada decisión que pueda tomar en un instante dado, tendré una escala de calificación moral, o de lo que éticamente considere preferible desde el punto de vista de los efectos de esa decisión en todos los individuos del universo.

A partir de este ordenamiento de preferencias podré construir una función de utilidad ética, que no será sino una medida de la moralidad de las posibles decisiones.

La maximización de la utilidad señalará la decisión ética.

Para el período 1940-1970, en términos de la transición demográfica nos encontramos frente a situaciones inéditas en el desarrollo de la humanidad. Si anteriormente se había dado la disminución de la fecundidad con una cierta "distancia" de alrededor de 40 años respecto de la disminución de la mortalidad, con variaciones considerables entre los países y en su interior, ello fue resultado de la manera en que se estructuró paulatinamente la fuerza de trabajo para el capital, en términos de un gran paso que implica la constitución de un nuevo modelo según el cual la familia deja de ser la unidad productiva básica para constituirse en una nueva unidad doméstica.

Esta unidad doméstica gradualmente a medida que se multiplican transformaciones sociales con la progresiva comercialización de las relaciones sociales de producción y la recreación ideológica burguesa, que valora la vida doméstica como un santuario en el que se le da a la mu-

jer una gran responsabilidad, como custodia de viejos valores que se dieron bien entrelazados entre la familia y el capital mercantil.

Durante un tiempo coexisten la economía rural y la economía doméstica, que se inició con los propietarios rurales de la vida doméstica y reproductora de fuerza de trabajo para el capital.

La división entre la esfera del mercado y la del hogar requirió bastante tiempo hasta constituirse en la instancia creadora por excelencia de la fuerza de trabajo libre en todo su sentido capitalista, trasladada a la familia obrera. Es aquí cuando se considera en las revisiones de la Teoría de la Transición Demográfica una primer etapa (la propiamente malthusiana), de retraso del matrimonio, para pasar a una segunda de disminución de la fecundidad de los matrimonios.

Durante la primera, las luchas obreras obligan al establecimiento de diversas formas de seguridad social, aumento del consumo y prolongación de la vida media.

En México, como en buena parte de América Latina, la transición se presenta a través de un período de rápida expansión capitalista, como ha quedado señalado, en el cual la disminución de la mortalidad llevó a ritmos muy elevados de crecimiento demográfico y a la reafirmación de pautas reproductivas cuyo origen se encierra en el pasado colonial. Tales cambios se presentan aquí íntimamente asociados al brutal desequilibrio que conlleva nuestro desarrollo capitalista tardío y dependiente y que se agudiza en los ámbitos regionales.

Aquí no es posible pensar en la reducción del sector de subsistencias en donde la familia opera como unidad de producción y de mezcla de trabajo asalariado eventual de sus miembros hombres y trabajo doméstico de sus miembros mujeres, con sus variaciones particulares de acuerdo a sus diferenciaciones étnicas, no es posible pensarlo porque este sector constituye un factor nada despreciable del equilibrio y porque difícilmente pueden transformarse sus niveles de productividad. Tampoco es realista esperar ritmos desusados de incorporación en condiciones adecuadas de empleo ni en el sector industrial ni en el sector de agricultura comercial, además el sector de servicios acumula una ineficiencia considerable y más bajos salarios. En todos los sectores la sustitución de mano de obra mantiene su ritmo inexorable.

Sin embargo, debemos buscar algunas respuestas dentro del esquema de desarrollo mundial que plantea, para el subdesarrollo, la reproducción al máximo de las contradicciones del modo de producción capitalista, básicamente las tendencias a la concentración del ingreso y el bajo crecimiento del empleo, ahora sustentado en la industria y los servicios, y que obligan a la expansión del mercado en ámbitos regionales.

La reducción de la fecundidad en México enfrenta tales contradicciones. La familia obrera mantiene aún niveles de reproducción elevados, con más de seis miembros, en donde "... la disponibilidad de mano de

obra familiar para el trabajo remunerado se vuelve fundamentalmente para subsistir. Los bajos salarios de unos se compensan con los bajos salarios de los otros". La familia obrera aporta mano de obra generación tras generación. La miseria obliga a la búsqueda de "estrategias de supervivencia" y la familia grande constituye la única posibilidad.

Sin embargo, aparece en la escena un nuevo elemento en el que se fundamenta una buena parte de la acción que busca reducir el crecimiento de la población: los métodos anticonceptivos efectivos. Este factor constituye sin duda una posibilidad que no existía en los países de capitalismo originario, en los que se dieron (el argumento antimalthusiano) condiciones estructurales que posibilitaron cambios socioeconómicos y la reducción de la fecundidad.

En primer término, la enorme reducción de los servicios de la tierra y los recursos naturales en la generación del producto. Estos aspectos fueron cubiertos por la producción primaria de los países atrasados y significaron además la existencia de una "clientela" para los productos manufacturados constituida principalmente por las élites de tales países: proceso indisoluble de la elevación considerable de la productividad y que finalmente llevaría a convertir a los Estados Unidos en uno de los principales exportadores de alimentos y paradójicamente a países como México en importadores de alimentos. Se llega de esta manera a un proceso de industrialización de la agricultura considerable, lo que significa conjuntamente, la ampliación del ámbito urbano-industrial de la sociedad.

En segundo término, el aumento del nivel de consumo en los países desarrollados fue posible cuando los centros capitalistas se convirtieron en productores mundiales de manufacturas, lo que llevó a progresos considerables del salario de acuerdo a las exigencias de la productividad. En este proceso el patrón de reproducción de la población disminuyó en la medida en que se finca el valor económico de los nacimientos como un elemento de movilidad social.

El tercer lugar los descubrimientos científicos y los cambios tecnológicos, han aumentado el potencial del uso de los recursos naturales.

Por último, lo que no descarta otros factores, la familia se constituyó en una unidad doméstica que responde a la necesidad, en el capitalismo, de su aportación para que en su seno se recupere y reproduzca la fuerza de trabajo. Hoy día se da rápidamente la sustitución de trabajo doméstico femenino como una de las áreas estratégicas de expansión del mercado, lo que corresponde a la incorporación de la mujer como fuerza de trabajo.

Este último aspecto constituye también en el subdesarrollo otra reserva de mano de obra considerable y es un factor que opera en el mismo sentido de mantenimiento bajo de los salarios, lo que rechazan algunos grupos feministas, que sólo ven la división social del trabajo por sexos.

Es claro que en todo esto la educación formal opera en tres sentidos,

que fueron asimilándose gradualmente a la teoría de la acumulación del capital. Como "valor" de mercado o insumo para el proceso capitalista de producción; como sistema ideológico, en la medida en que se "crean" hombres y mujeres que consideran las instituciones capitalistas como la forma más perfecta de desarrollo individual y colectivo y como instrumento de dominación, en la medida en que los obreros se identifican con el proceso productivo y no se sienten enajenados por él.

Por otra parte, la educación contribuye a conservar una estructura de privilegios asociada a la clase social, aunque puede tener como misión también la consolidación de una sociedad no jerárquica, lo que por ahora se plantea en el nivel de lo ideológico, cabe mencionar, en cuanto a la dinámica de la población, la educación formal que constituye un factor importante que va de la mano con los ingresos y la ocupación y que está íntimamente asociada a niveles diferenciados y de fecundidad, mortalidad y movilidad geográfica. De aquí que se considere un factor "interviniente" necesario para la transformación de las actitudes de la población en cuanto a su familia, urbanización, empleo y migraciones internas.

En 1970 la estructura relativa de la población económicamente activa se había modificado radicalmente respecto de 1940. El sector primario se redujo de 65.9% a 41.1%; el secundario de 14.1% pasó a 24.7%; y el terciario de 20.5% a 34.2%. Por primera vez la población de la agricultura disminuyó sus cifras absolutamente de 6,088,000 a 5,206,000: el secundario pasó de 1,228,000 a 2,075,000 y el terciario de 1,774,000 a 3,957,000. También se modificó notablemente su contribución al producto bruto interno al pasar en el mismo período de 22.6% a 11.6% las actividades primarias: de 28.7% a 43.3 las secundarias: y de 47.8% a 54.1% las terciarias.

Tomando un período largo, de 1910 a 1964, el producto nacional bruto correspondiente a las actividades primarias aumentó 3.5 veces, mientras que el industrial aumentó 11 veces. Tales diferencias, que para 1970 son muy considerables, se hacen sensibles a partir de 1958, año en que disminuye la producción agrícola para exportación, en que la década de 1945 a 1955 había tenido una tasa de crecimiento anual de 12.9% y en la década 1956 a 1966 baja hasta 3.9%; la producción agrícola para consumo interno se mantuvo (bajó levemente de 6.6% a 6.2% su tasa de crecimiento anual en los períodos considerados), lo que explica el aumento de las importaciones de alimentos por empresas gubernamentales para asegurar el bajo costo de la producción de la fuerza de trabajo, hecho que se revierte en impulsos a la acumulación privada de capital, particularmente en los sectores.

La estructura de las importaciones nos da una idea de la subordinación persistente, no obstante la heterogeneidad del aparato productivo y su crecimiento industrial, ya que sólo una tercera parte contribuye a la expansión de la planta productiva (para 1970, 34.7%, para 1974, 29%).

La característica más acusada del comercio de importación la constituye la rigidez estructural que presenta y que muestra la enorme distancia en el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas y la necesidad del capitalismo desarrollado de dar salida a equipo obsoleto. Se da el cambio ya indicado, de importación de maquinaria y equipo para producir productos terminados que anteriormente se importaban.

El comportamiento de las exportaciones muestran un avance lento en precios corrientes y el aporte de divisas captado disminuyó de 40% en 1960 a 26.4% en 1975. Los productos de origen agropecuario y mineral, que aún constituyen el grueso de las exportaciones, muestran una tendencia decreciente incrementando la industria manufacturera su participación. Por otra parte el control sobre la producción de alimentos que se ha intensificado recientemente (algodón, tabaco, café, frutas, legumbres), producidos en las áreas neolatifundistas, se realiza en condiciones monopolíticas dominadas transnacionalmente. Para el conjunto de empresas exportadoras el 25% controla el 96.2% del valor exportado, que es realizado en buena parte por empresas con capital extranjero. El hecho de que las exportaciones sólo alcancen el 4% del producto bruto interno (1970-1974), habla de la forma de dominio del capital monopólico y mencionamos estos aspectos para mostrar el costo tan grande que tiene que pagar el país y que en términos monetarios significa que la magnitud de déficit ha crecido 27 veces de 1950 a 1976 y que ha llegado a la cantidad de \$39,480 millones, y también cómo el proceso de sustitución de importaciones resultó más inflexible que la estructura anterior de las importaciones, lo que tiene como consecuencia mayor rigidez en la estructura misma dependa de la disponibilidad de las importaciones.

Otro aspecto del desarrollo industrial es su orientación hacia bienes cada vez más alejados del consumo final. La producción de bienes de consumo pasó del 72% del total de las manufacturas en 1950 a 55% en 1965, lo que se asocia con la producción de mercancías que consume sólo un grupo minoritario acomodado, y que por otra parte tiene también relación con la generación de un número relativamente pequeño de empleos en comparación con la inversión y lo mismo tiene relación con el hecho de que se trata de bienes de consumo elegidos para su producción nacional bajo el control oligopólico internacional. De esta manera la política de sustitución de importaciones agudizó la concentración del ingreso.

La tendencia de la tasa anual de crecimiento del producto nacional bruto per cápita mostró una propensión levemente decreciente (0.3% al año), y pasó de 1940 a 1970 de 3.8% a 2.9%, con oscilaciones considerables (negativas: 1947, 1953, 1959 y elevadas: 1943, 1950, 1954, 1964), o sea una tasa de desarrollo (PNB/Población) de 2.7% para el período 1941-1950 a 2% para el período 1966-1970, además la desigualdad del ingreso se ha incrementado.

La percepción de mayor desequilibrio es difícil por el hecho de que se da una mejoría absoluta en el nivel de vida, resultado del crecimiento, de la economía en su conjunto. El mayor desequilibrio es menor que el crecimiento, en consecuencia, la participación de los trabajadores disminuye en términos relativos.

De 1940 a 1950 la industria creció más rápidamente que los otros sectores no agrícolas. De 1950 a 1960 el sector manufacturero perdió dinamismo frente a los servicios y de 1960 a 1970 tal tendencia se mantuvo.

Si las ocupaciones se analizan en términos de los cambios relativos que se operan en las actividades no manuales, para la PEA total, éstas bajaron de 19.6% en 1960 a 23.1% en 1970 y en la PEA no agrícola bajaron de 42.2% a 37.5% respectivamente, lo que muestra el aumento de actividades manuales que se dio en los servicios (15.1% en 1960 a 19.5% en 1970) ya que en la industria, minería y transportes el porcentaje se mantuvo constante (42.7% en 1960 y 43% en 1970).²

Si se considera el desempleo abierto que para 1970 fue de 6.5% y los cambios anotados se concluye la mayor incorporación a la actividad económica con remuneraciones muy bajas, es decir, se acentúa el desequilibrio y aumenta la pobreza.

Visto el proceso de manera general sería: el mayor aumento del crecimiento vegetativo de la población por edades activas y el crecimiento urbano en donde la migración es cada vez más intensa y tiene un peso determinante en el crecimiento. Aquí se ve claramente cómo la migración interna corresponde a la transformación de la estructura del empleo, en la medida en que la agricultura no retiene su incremento de población. El incremento de la pobreza urbana se concentra territorialmente también y aumenta la fuerza de trabajo ociosa por falta de demanda.

Los estudios sobre migración interna llegan a las siguientes conclusiones: la mayor corriente se da del campo a la ciudad y se orienta fundamentalmente a las áreas metropolitanas en donde México, Guadalajara y Monterrey captan el 60% de la migración en el decenio 1960-1970, manteniéndose constante la tasa de crecimiento de ciudades de más de 5,000 habitantes desde 1940 hasta 1970 con una tasa de crecimiento medio anual de 4.9%, y aunque la contribución por migración ha disminuído de 2.0% a 1.6%, las ciudades mayores muestran crecimientos mayores también (5.4%, 4.9% y 5.1% en los tres decenios considerados).

En cuanto a distribución del ingreso de 1950 a 1969 el 10% de la población que ganaba los más altos ingresos subió su percepción de 49% a 51% y el 50% con menores ingresos ha bajado de 19.1% a 15% supercepción.

En la actualidad el proceso inflacionario tiende a agudizar mucho más tal concentración. Si lo anterior se traslada a cifras absolutas se tiene el cuadro de la pobreza.

La dinámica de la población. En este inciso pretendemos concretar al-

gunos aspectos demográficos que hemos venido mencionando y plantear algunas de las interrelaciones de los factores demográficos básicos.

No presentamos nada nuevo. Estos aspectos son bien conocidos y abunda el material bibliográfico al respecto.

Este apartado constituye el enlace con el siguiente apartado relativo a los últimos años en los cuales se inicia la disminución de la fecundidad y se han despertado expectativas considerables respecto del descenso del crecimiento demográfico.

Hay que decir, desde ahora, que las tasas de crecimiento demográfico observadas son muy elevadas, cualquiera que sea la situación económica y social en que se den. Es claro que el problema no se centra aquí, ya que la vía de la transición se plantea fundamentalmente a partir de las situaciones específicas en que se desenvuelve la población, atendiendo a los condicionamientos económicos, sociales, culturales, políticos e ideológicos.

La tasa de crecimiento medio anual pasó de 2.7% de 1940 a 1950 a 3.4% de 1960 a 1970, considerando cifras corregidas de los censos.

Tal crecimiento resulta de una fecundidad que se ha mantenido en el mismo nivel y una mortalidad que ha descendido. En el primer caso, de 45 nacimientos por cada mil habitantes o alrededor de 15 a 49 años de edad, en el caso de la mortalidad se llega en 1970 hasta 9.4 defunciones por cada mil habitantes partiendo de 25.6 en el período 1930-1934, lo que significa una esperanza de vida al nacimiento que aumenta de 36.9 años en 1930 a 64 en 1970.

Tal disminución de la mortalidad, que resulta baja de acuerdo con la información disponible, creemos que parte de un nivel más elevado y llega también a un nivel mayor, en cuyo caso el resultado sería aproximadamente el mismo, con la salvedad de que sus efectos futuros serían el mantenimiento de ritmos elevados de crecimiento por más tiempo, además de consecuencias en cuanto a mayor crecimiento urbano, ya que la mortalidad diferencial que se da entre lo urbano y lo rural, llevaría la sustentación de un crecimiento natural rural que se prolonga en el tiempo y que "perpetúa" sus efectos en el ritmo migratorio, dadas las condiciones de absorción de PEA en el campo.

Estos aspectos diferenciales de los dos factores y sus transformaciones constituyen la dinámica de la transición. Considerando el conjunto de mujeres en edades reproductivas, lo que se observó hasta 1970 fue el aumento sistemático de la fecundidad de las generaciones de mujeres que muestran un número promedio de hijos creciente para las mismas edades y a la vez mayor para mujeres con residencia rural, si se compara con mujeres que viven en zonas urbanas. Si se toma en cuenta que no se han dado cambios en cada una de las zonas respecto de la edad al matrimonio, aunque sí se dan diferencias en el promedio de la edad al matrimonio entre una zona y otra, tales diferencias pueden atribuirse al efecto conjunto de fecundidad que se mantiene alta y mortalidad en descenso.

Lo anterior se corrobora por el hecho de que la fecundidad de las mujeres por edades se ha transformado: desciende la de las jóvenes y aumenta la de las de más de 35 años, lo que tiene efectos de equilibrio en el resultado total.

Por otra parte, sistemáticamente se ha mantenido el diferencial de hijos nacidos vivos entre mujeres censadas en centros urbanos y mujeres en el campo, diferencia que se hace mayor a medida que la edad es menor. Es decir, las mujeres en el campo han mantenido los patrones reproductivos de sus madres, mientras que las de zonas urbanas tienden a una menor fecundidad. Otro aspecto observado en las diversas encuestas realizadas sobre fecundidad es el mantenimiento de patrones de mayor fecundidad en las mujeres migrantes y sobre todo de los nacidos en localidades pequeñas o en el campo. Si esto lo asociamos con el hecho de que los migrantes tienen en general nivel más bajo de ingresos, educación, etc., los resultados resultan obvios.

Todos estos aspectos llevan fácilmente a la conclusión de que serán los cambios estructurales los que determinen transformaciones en la fecundidad. Esta sería una afirmación apresurada ya que ahora nos encontramos frente a nuevas situaciones derivadas del establecimiento de una política de población antipoblacionista y métodos anticonceptivos modernos.

En cuanto al descenso de la mortalidad, la primera conclusión que resulta, si tomamos en cuenta la descripción que se ha hecho de la situación económica de México y su dinámica de desarrollo capitalista, es el efecto del mayor nivel de consumo en términos absolutos, que es consecuente, primero con las transformaciones en la agricultura, se continúa luego con el desarrollo industrial y se acelera por último, merced a la migración interna. En las transformaciones en salud pública y en el uso de antibióticos y nuevos medicamentos se manifiesta el desequilibrio del desarrollo capitalista tardío, ya que los avances en la esperanza de vida al nacimiento vistos por regiones muestran diferencias importantes, suponiendo aceptable la información corregida (lo que es improbable porque las diferencias sin duda son mayores dado el subregistro considerable de las defunciones). Las diferencias van de 65.17 y 64.33 años de esperanza de vida al nacimiento para dos regiones que cubren todo el norte del país a 59.50 y 57, 64 años para los Estados del sur y sureste. El Distrito Federal tiene una posición intermedia de 60.03 años, lo que se explica por el peso tan importante de la migración y el mayor desequilibrio interno del ingreso en condiciones de vida. Los niveles bajos de mortalidad resultan de esta manera asociados a ocupaciones no agrícolas, concentración de servicios y presencia de instituciones de seguridad social que corresponden a la población obrera ocupada con salarios que quedan ubicados en el centro superior de las curvas de distribución del ingreso regionales, población obrera que acapara tales servicios.

Hasta 1970, el descenso de la mortalidad explica el 9% de los cambios

observados en el crecimiento para el total de la población. El siguiente factor está determinado por la movilidad geográfica en la medida en que los descensos más importantes de la mortalidad se han efectuado en centros urbanos. Un tercer factor que se deduce, es que ha participado más en el crecimiento demográfico la disminución de la mortalidad de los grupos más pobres en la medida en que es en estos grupos donde se había dado siempre una mortalidad mayor. Las mejores alimentarias se reflejan fundamentalmente en ellos, sin que se satisfaga de ninguna manera este factor hoy día.

Por otra parte, tal disminución, se da más intensamente en los pobres de los centros urbanos.

Otro efecto del descenso de la mortalidad resulta de su carácter diferencial por edades al disminuir más rápidamente la mortalidad de los niños, lo que ha traído como consecuencia, al mantenerse la fecundidad constante, la mayor proporción de menores de 15 años en la estructura por edades que ha pasado de 41.2% en 1940 a 46.7% en 1970. Esto explica por qué la población total aumentó 157% de 1940 a 1970 y la población en edades activas aumentó sólo 131%.

No obstante, la población económicamente activa aumentó sólo 121%, lo que se explica en buena parte por la mayor proporción de población que ingresa a la actividad en edades mayores como resultado de los incrementos de la escolaridad y la mayor proporción de desocupados.

El descenso de la mortalidad también ha traído como resultado el mantenimiento de los niveles de fecundidad al ampliarse la supervivencia de las parejas. Para 1970 no se pudo constatar en las mujeres con menor número de hijos si ello obedeció a una mayor supervivencia de los hijos tenidos o en qué medida influyó tal factor. Los datos se refieren más a situaciones privilegiadas en cuanto ingreso y educación que se concentran en los centros urbanos.

Los últimos años. (1970...)

De acuerdo con los datos confiables más recientes, los niveles de fecundidad iniciaron su descenso. Para el período de 1973-1976 se llegó a una tasa bruta de reproducción de 3.0, lo que significa que la tasa de natalidad llegó a 41.8.

Si se considera la mortalidad proyectada o sea una esperanza de vida al nacimiento de 66.5 años, se llega a una población de 59.8 millones de habitantes para 1975, es decir una disminución de crecimiento a 3.3%.

De seguir esta tendencia, en condiciones como las de 1970, es decir con una limitación reducida de los nacimientos por anticoncepción, se esperaría para 1981 una población de 70.4 millones y para el año "mágico" 2000 de 126.6 millones, con una reducción de la tasa bruta de re-

producción a 1.95, con una tasa de crecimiento que cambia de 3.3% de 1975 y a 27% de 1995 a 2000.

A la tendencia expresada se enfrenta la programada oficialmente con tres alternativas de crecimiento para llegar al año 2000 con una tasa de 1% (100 millones de habitantes), 1.5% (104.4 millones de habitantes) y 2% (109.2 millones de habitantes). Lo anterior se acompaña con metas específicas de uso de métodos anticonceptivos, redistribución de la población en mayor número de centros urbanos a través de programas de retención y reorientación y reubicación de las migraciones, programas ya delineados y que esperan que su correspondencia programática se traduzca en inversiones del sector público.

Todos estos esfuerzos se plantean en el nivel de decisión gubernamental como elementos que hablan de la oferta de fuerza de trabajo que debe limitarse y estimular su demanda, teniendo enfrente aspectos que aún no se delimitan, como son el avance tecnológico y la apertura del mercado mundial, decisiones que están siendo forzadas por la existencia de enormes yacimientos de petróleo, lo que aparentemente abre para México una nueva posibilidad.

Si bien en materia de desarrollo tecnológico y apertura del mercado mundial, no se ha expresado una política clara por otra parte del sector gubernamental en el establecimiento de programas, lo que sí existe establecido es la pauta de los requerimientos de expansión y crecimiento capitalista y las restricciones del mercado mundial, las que han sido mencionadas anteriormente, queda el establecimiento de mayores incentivos para la captación de la oferta, la que por definición debe reducirse.

De aquí que hay que hablar de algunos elementos en la toma de decisiones. Para esto hay que regresar a 1965 cuando se restringe la inversión gubernamental en la agricultura y se amplía la producción industrial para los ricos, lo que llevó posteriormente a la reorientación deformada del gasto público hacia grupos menos favorecidos a través del a diversificación del aparato paraestatal, apareciendo gran número de organismos descentralizados, de empresas de participación mayoritaria y fideicomisos (crecieron 10 veces en cinco años, de 1970 a 1975); un aumento acelerado de la burocracia (a un ritmo de crecimiento de 12% anual promedio), alcanzando el valor del producto paraestatal el 11.2%. De igual manera se amplió la participación en exportaciones e importaciones (24% del total en 1975), etcétera.

El intento del sector público para enfrentar a los intereses privados fue desafortunado y llevó al país a un reforzamiento del desarrollo capitalista como única vía de salir de la profunda crisis de 1976. Tal enfrentamiento se dio al margen del pueblo.

Superar la crisis será posible si la reforma política actual se da en la práctica y se refuerza la acción gubernamental de planificación. Aquí, los sectores de izquierda que se han agrupado y que constituyen minoría,

han entrado a la "lucha política" más bien como elemento de apoyo necesario a un proyecto de desarrollo económico, lo que constituye por otra parte una vía legítima de participación que no puede desdeniarse sobre todo después de 50 años de partido único.

Política de población

En tales programas de desarrollo, actualmente la política de población logra una posición importante y orientadora frente a la necesidad de disminuir crecimiento de la oferta y descentralizar el desarrollo industrial a través de metas concretas.

La búsqueda de mayor producción y empleo, y la satisfacción de necesidades básicas de la población constituyen las orientaciones actuales de la política gubernamental que ha refrendado el pacto con el capital.

El éxito depende también de la tranquilidad social que se logre, lo que justifica y obliga a aceptar la reforma política de participación pluripartidista, y de llegar a este punto recordemos la importancia de los avances en ciertas áreas consideradas más sociales que económicas y que han sido la respuesta a la lucha de los trabajadores por mejorar sus condiciones vida y de los campesinos por la tierra, en un sistema en donde se ha dado aún la confrontación con el capital, y que por lo pronto opera en la arena política a través de formas corporativas por sectores, a través de las cuales se han logrado beneficios al obrero organizado que detenta una buena parte del acervo social global, particularmente de los servicios de salud, educación y vivienda.

Es por esta vía por la que se ha dado cambios importantes en los niveles de la mortalidad y se inician cambios en la fecundidad.

Conviene exponer los resultados de la encuesta nacional de fecundidad efectuado en 1976, los que agregados a los que han sido expuestos de fecundidad diferencial, nos darán una idea más cercana del proceso y su posible comportamiento en el futuro, tomando en cuenta ahora, el cambio radical en cuanto a política de población y partiendo del supuesto, sin que sea posible ahora dar una cifra, de que la disminución de la mortalidad o la mayor sobrevivencia de los hijos está determinando un cambio en relación con las actitudes de la población hacia el tamaño de la familia.

La etapa en que la teoría de la transición demográfica ha sido denominada como "propia mente malthusiana", que plantea el aumento de la edad al matrimonio para pasar después a la reducción de la fecundidad, no se ha dado aún en México. La edad media por generación va de 18.2 años promedio para las mujeres que tienen actualmente de 40 a 44 años a un máximo de 18.6 para las que tienen de 25 a 29 años de edad, aunque el porcentaje de solteras en el grupo de 15 a 19 años se ha

incrementado de 60.9% en 1950, a 69.6% en 1970, en las mujeres entrevistadas en 1976. Sólo el pequeño grupo de mujeres, que tienen educación de preparatoria concluida o mayor, se casó en promedio a los 21 años. Por otra parte existen diferencias máximas de 1.5 años en la edad promedio al matrimonio entre las mujeres que han vivido en el campo o la ciudad y una tendencia leve a posponer su unión entre las mujeres jóvenes.

Esto significa en el capitalismo tardío y desequilibrado, que la transición demográfica tiende a retrasarse (en tiempo relativo frente a la disminución de la mortalidad) como resultado de su propia historia.

Lograr cambios en la edad media al matrimonio está en relación con el requerimiento de sobrevivencia y reproducción de patrones que corresponden a diversos modos de producción y que por ahora en México coexisten, manteniendo un proceso que busca prolongarse y profundizar en sus contradicciones. Se manifiesta en el uso del trabajo familiar en el campo y en formas renovadas de estrategias de sobrevivencia de los pobres en las ciudades, en donde se concentra el excedente poblacional rural y el ejército de reserva industrial, que forma parte de la sobrepoblación relativa.

En ambos casos la familia grande es necesaria. Las diferencias de la fecundidad según características sociales y económicas se acentúan cada vez más en íntima relación con factores como urbanización, educación, nivel de empleo, etcétera, que orientan el cambio en la reproducción total de la población hacia niveles más bajos con la característica de que tal disminución se acentúa según la posición de los individuos y/o las familias en la estructura de clases, que atraviesa todos los sectores de la sociedad y en relación con las modalidades específicas de las relaciones sociales que se dan al interior de formas precapitalistas y capitalistas de producción, las que coexisten y en donde los miembros de la familia participan indispensablemente.

La familia como unidad de producción ya no es estable, sus miembros trabajan en el predio familiar, en el taller rústico artesanal, se ocupan en servicios domésticos en la ciudad cercana o en la capital, temporalmente en explotaciones agrícolas capitalistas como asalariados, migran a la ciudad, van a los Estados Unidos como "espaldas mojadas" y muy pocos se convierten en obreros especializados o trabajan en servicios que requieren un mínimo de calificación. Pero al mismo tiempo, mantienen su identidad familiar y comunitaria a la que incorporan manufacturas y medios de comunicación en donde están presentes las "bondades" de la vida en la capital y también la planificación familiar.

La familia obrera está envuelta en pautas de consumo y sustitución de tareas por aparatos electrodomésticos de baja calidad y lograr incorporar a muy pocos de sus miembros en ocupaciones mejor remuneradas, generalmente por la vía de educación especializada de corta duración.

Preserva su ocupación estable frente al ejército de desocupados o al excedente rural, con los que mantiene algunas relaciones, se vuelve conservador y sigue las consignas de su sindicato.

De cualquier manera el capital monopólico crea empleos en la industria que se reproducen en los servicios, con ciclos expansivos y recesivos considerables, que agudizan la concentración del ingreso, restringen el empleo y orientan la producción cada vez más hacia artículos de consumo duraderos, de mayor valor y bienes de capital con coeficiente de capital más alto, creando un mercado de trabajo formal que exige una demanda de mano de obra que incorpora a los más calificados, los que están plenamente incorporados a pautas reproductivas bajas, la familia es pequeña y disfrutan de todas las ventajas del desarrollo.

El elemento moderno, la anticoncepción eficaz, se convierte en un factor estratégico, que ha tenido la virtud de generarse dentro de la más alta tecnología y desarrollo científico.

En el caso de México la política de población se genera dentro de esta pauta y responde a la necesidad de ampliar los diversos escenarios de la operación capitalista.

Para 1976 la proporción de mujeres que no desean tener más hijos, supera el 50% a partir del momento en que tienen tres hijos, en todos los sectores de ocupación y llega al 40% cuando tienen dos hijos. El 45.2% han usado algún método anticonceptivo y lo usaban al momento de la encuesta de fecundidad el 41.5%, en particular las que tienen niveles de escolaridad elevados. La tarea orientada a la reducción del crecimiento de la población no presenta barreras importantes, requiere de una acción planteada a largo plazo y servicios en los que se elimine la posibilidad de que la planificación familiar se rechazaba por la manera en que se implementa. Desde luego que la incorporación de mayor población a tales servicios depende de la propia capacidad del sistema que es limitada.

Después de los datos que se han presentado de la encuesta nacional de fecundidad, quedan pocas dudas de que se logren las metas oficiales menos optimistas de crecimiento demográfico menor. México llegará al año 2000 con una población de alrededor de 109 millones de habitantes y una tasa de crecimiento de 2%.

Se llegará a una tasa de crecimiento cercana a la de 1930-1940 y la teoría de la transición demográfica tendrá que incorporar un addendum: en los países atrasados también se logran disminuciones de la fecundidad, cuando el desarrollo capitalista crea condiciones de desequilibrio extremas, en donde el excedente demográfico excesivo se vuelve superfluo para la expansión, ya que se estableció una pauta histórica substitutiva de fuerza de trabajo con reservas de mano de obra que operan a largo plazo. No obstante, es importante mantener la expectativa del logro, en algún momento, de condiciones de vida mejores que se cumplan para una minoría,

y asegurar la formación de fuerza de trabajo para el capital cada vez mejor calificado.

De cualquier manera se está aún frente a un crecimiento demográfico considerable y la transición no llega a darse con plenitud.

Tendrán que efectuarse las transformaciones mayores en las condiciones de vida de la población para que esto sea posible y pueda pensarse en crecimientos demográficos parecidos a 1%.

El problema central del modo de producción capitalista que se agudiza en los países atrasados, no se modifica: la negociación de los beneficios del trabajo a quienes lo realizan.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

- BARBOSA RAMIREZ, René, *La estructura económica de la Nueva España*, Siglo XXI Editores, 1970.
- BENITEZ ZENTENO, Raúl, *La expansión demográfica de México*, Dinámica de la Población, Colegio de México, 1970 y conferencia titulada *La Transición Demográfica en México, problemas y consecuencias*, marzo de 1980.
- CABRERA, Gustavo, *Indicadores demográficos de México a principios de siglo*, Colegio de México.
- CARRASCO, Pedro, *La sociedad mexicana antes de la Conquista*, Historia General de México, Tomo I, Colegio de México, 1976
- X Censo General de Población*, resultados preliminares proporcionados por el Coordinador General de los Servicios Nacionales de Estadística, Geografía e Informática y publicados en el periódico "El Heraldico de México", el día 2 de enero de 1981
- Conferencia Mundial de Población*, Fondo de Cultura Económica, México, 1975
- Encuesta Nacional de Fecundidad*, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM y Dirección General de Estadística, Dirigida por Carlos Welti, dentro del Programa Mundial de Encuestas de Fecundidad, 1979
- ETZIONI, Amitai y Eva, *Los cambios sociales*, Fondo de Cultura Económica, México, 1979
- HAUSER, Phillip M., *World population growth, The population dilemma*, 1969 (2a. edición)
- HOSELITZ, Bert S., *Aspectos sociológicos del desarrollo económico*, 2a. edición, Ed. Hispano Europea, Barcelona España, 1970
- OLIVERA, Mercedes, *Pillis y Macehuals. Las formaciones sociales y los modos de producción del Siglo XII al XVI*, Ed. 1978
- SEMO, Enrique, *Historia del Capitalismo en México, Los orígenes, 1921-1863*, Editorial Era, 1973
- SPEKKE, Andrew A., *Los próximos 25 años, antesala del siglo XXI*, Ed. Tres Tiempos, Buenos Aires, Argentina, 1975
- TRUEBA DÁVALOS, José, *Planteos de Teoría Sociológica, las estructuras sociales y la dinámica del cambio*, Instituto Mexicano de Estudios Sociales, A. C. México, 1976

VILLAR, Pierre, *Demografía y modo de Producción*, Seminario Modos de Producción y Dinámica de la Población, Cuernavaca, Mor. 24-28 de abril de 1978
Organizado por Raúl Benítez Zenteno y el Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM